

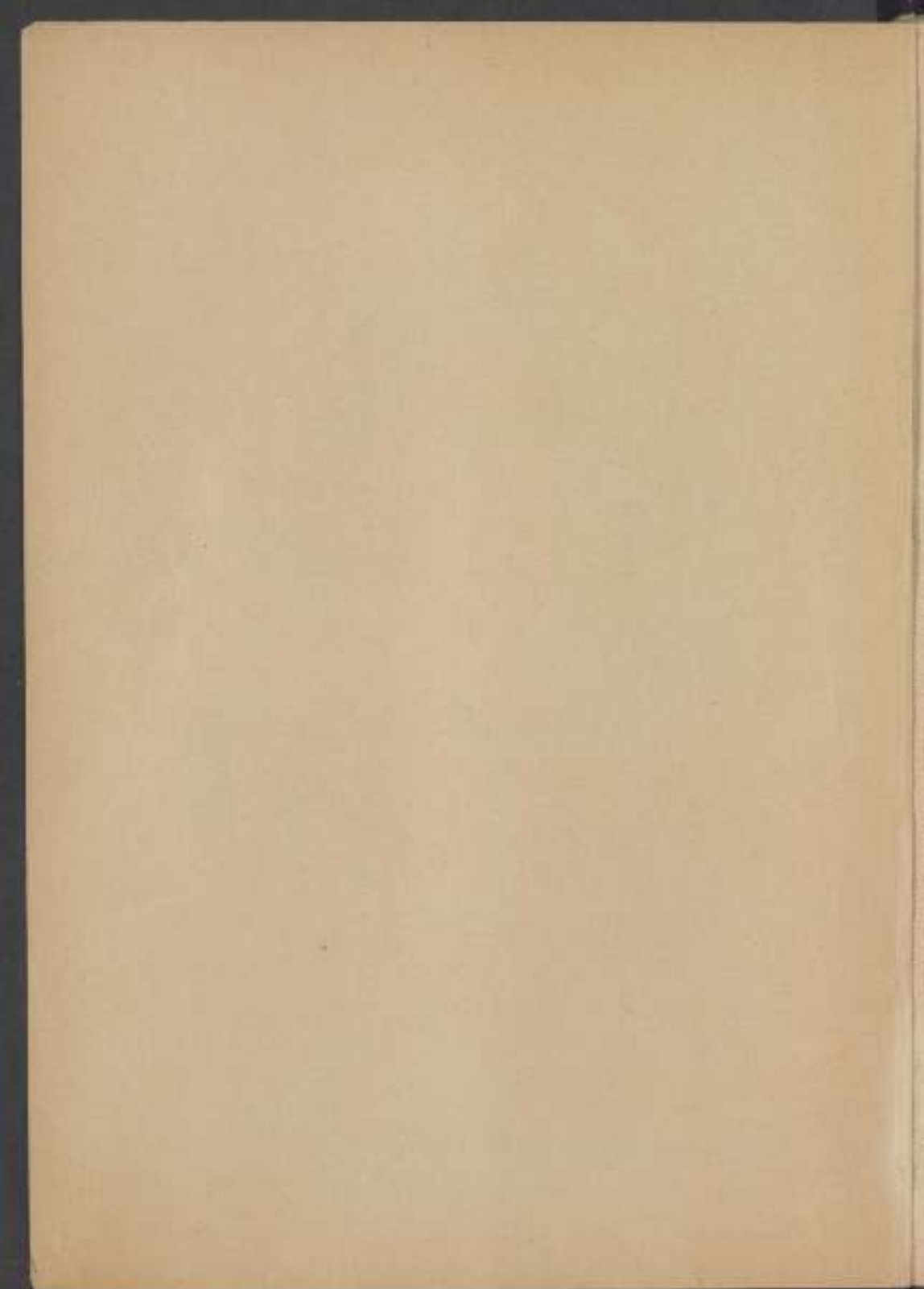


LA
CASA
DE

ROTHSCHILD

George
ARLISS
Loretta
YOUNG
Boris
KARLOFF

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS





Reservados los derechos de
edición y reproducción

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director Propietario: RAMÓN SALA VERDAGUER

Director Literario: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES

Valencia, 234 - Apartado Correos 787 - Tel. 78657 - Barcelona

AGENTS DE VENTAS

Sociedad General Española de Librería - Barbé, 16 - Barcelona

EDITORIAL



Publicación mensual

Año IX

Núm. 162

LA CASA DE ROTHSCHILD

Nada puede suscitar tanto el interés de la Humanidad, como la historia de la vida de Rothschild, el origen de estos célebres banqueros, cuyos millones asombran por su cifra desorbitante. Pero a la narración casi histórica de sus vidas, se ha sabido mezclar una ingenua historia amorosa, que da mayor realce al interés del argumento, haciendo que cada personaje de los dos enamorados conquiste, ante nuestros ojos, ajenos al prejuicio de razas, las máximas simpatías.

DISTRIBUCIÓN:

Artistas Asociados

Director: D. Eduardo Gurt



Rambla Cataluña, 62

BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

Mayer Rothschild	GEORGE ARLISS
Natán Rothschild	BORIS KARLOFF
Conde Ledrantz	LORETTA YOUNG
Julia Rothschild	Robert Young
Capitán Fitzroy	C. Aubrey Smith
Duque de Wellington	Helen Westley
Gúdula Rothschild	Florence Arliss
Ana, esposa de Natán	

Producción:

DARRYL F. ZANUCK

Dirección:

ALFRED WERKER

NARRACIÓN DEL FILM POR
MANUEL NIETO GALAN

La casa de Rothschild

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

EL GHETTO

ERAN tiempos del imperio Napoleónico, cuando los judíos se hallaban reclusos en un barrio apartado de la población que se denominaba el Ghetto. No se les permitía realizar comercio alguno en el exterior de aquel barrio, que por las noches quedaba cerrado con cadenas en sus dos puertas y vigilados por soldados del gobierno.

Había tal prejuicio contra la raza judaica, que los gobiernos habían tomado la decisión de alejarlos del resto de la población, por el temor de que dadas sus características co-

merciales, poco a poco fueran apoderándose del dinero.

En efecto, la raza judía era y es así. Su afán por el comercio es desmedido y nadie como ellos para saber levantar un negocio arruinado. Procuran por cuantos medios están a su alcance rehuir de pagar contribuciones, burlar los impuestos y, en una palabra, conseguir comerciar con ventaja sobre los demás industriales. Su espíritu económico les hace a veces pasar privaciones antes de desprenderse de cualquier suma, y en tratándose a dinero desconocen todos los lazos familiares que puedan existir. El honor y la familia es una

cosa, y el negocio es otra bien diferente.

Esa cualidad innata en los judíos había dado por resultado que en Francfort, en el barrio destinado a la judería, no se permitiese a sus habitantes a salir de él para efectuar venta alguna y los que querían tratar con ellos tenían que ir a aquel barrio y efectuar allí sus compras o sus cambios de monedas.

Las casas de cambio eran las preferidas de los judíos, así como las de venta de objetos de antigüedad, y entre todas ellas figuraba en primer término la de la familia Rothschild, compuesta por el padre, la madre y cinco hijos más.

Como es natural, todos miraban, antes que nada, a la prosperidad de la casa, si bien aparentaban una miseria que estaban muy lejos de sufrir, con el deseo únicamente de poder rehuir el pago de contribuciones e impuestos.

Mas, a pesar de este desprecio que se sentía hacia la raza judía, más de un noble solía acudir en ocasiones a solicitar de los judíos algún que otro préstamo, préstamo que ellos hacían con un interés desmedido y, desde luego, con fianza segura de poderlo cobrar.

Una tarde, estaba ya casi anocheciendo, cuando Natán, el hijo tercero de Rothschild, le dijo a su padre:

—Padre, ¿dónde están esos florines de oro toscano?

Mayer Anselm Rothschild terminó metódicamente la línea que estaba escribiendo en su libro de cuentas, y colocó la pluma de ave conque escribía sobre un trozo de paño, para no manchar la mesa, y miró a su hijo respondiéndole:

—En lugar seguro, hijo mío... ¿Por qué lo preguntas?

—Es que Herr Roldermann quiere uno para su colección de monedas—respondió el avisado muchacho.

—¿Vendrás aquí?—volvió a preguntar el judío.

—¡Oh, no!—exclamó Natán—. Pensé que podría llevarle una, mejor que no estar aquí inactivo toda la tarde.

Una nube de preocupaciones obscureció el rostro comúnmente sereno de Mayer Anselm Rothschild; en su voz dejó traslucir una nota de alarma y exclamó:

—¿Comerciar fuera de Ghetto? Es contrario a la ley. Es peligroso, Natán.

El muchacho se encogió de hombros sonriendo y le contestó:

—Lo he hecho otras veces, sin que nada ocurriera, padre.

—¿Y por qué no, Mayer?—preguntó la madre de Natán—. El mu-

chacho es inteligente, tú mismo lo has dicho.

—¿Te he dicho alguna vez que eres inteligente, Natán?

—No, padre—respondió su hijo—, pero tampoco me has dicho nunca que fuese un tonto.

Rothschild miró a su esposa, que le hizo un signo afirmativo con la cabeza. Se dirigió entonces a un lugar de la pared de donde colgaba un espejo que se abrió hacia afuera, como si fuera una puerta, por medio de unos ocultos goznes y un oculto resorte. Sacó una caja del escondido armario, de la cual retiró un dorado florín de Toscana. Le entregó a continuación la moneda al muchacho, diciéndole:

—Ten cuidado, Natán.

Este puso la moneda cuidadosamente en un bolsillo secreto de una de sus mangas y le respondió a su padre:

—No estaré mucho tiempo fuera.

Salió de allí y al llegar a la puerta se detuvo y miró cuidadosamente arriba y abajo la calle donde estaba enclavada la vieja casona que les servía de hogar. A veces algunos golfos gentiles (1) venían a la judería a pedrear a la gente de Ghetto o las ventanas de sus casas.

Sobre la cabeza del joven Natán Rothschild, sujeto al dintel, había un escudo de roble pintado de rojo, literalmente un escudo de armas, o como decían en Francfort en aquellos días, un «Roth Schild». De esto tomó el padre de Natán, que se llamaba Baeux el nombre familiar de Rothschild.

No había ningún gentil persiguiendo a los niños del Ghetto en aquel momento y Natán echó a andar por la larga y estrecha calle, cruzando el gran arco de piedra de la ciudad, dentro del cual la ley no permitía morar a ningún judío, ni siquiera hallarse allí después de tocadas las seis de la tarde.

Natán dobló una esquina y recordó que daba a uno de los puentes que cruzaban el Main. Retrocedió de nuevo, recordando también que había vuelto a cargar una vez más a los judíos un pfenning por cada vez que cruzasen aquel puente.

Entre tanto, allá en la casa de Natán, su padre hablaba con su esposa y le decía:

—Gudula, es verdad que Natán es inteligente y es verdad que lo dije varias veces, pero nunca delante de él. ¿Debemos malcriarlo?

Gudula sonrió bondadosamente y le respondió a su marido:

—¡Ah, Mayer! un chico inteligente como Natán sabe que es listo y lo

(1) Hombre que se les daba a los que no profesaban la religión judía y que por lo tanto podían transitar a todas horas por la ciudad.

es demasiado para tratar de ser demasiado vivo. Tendrá que aguantar duros golpes, insultos y persecuciones toda su vida. Es mejor que pruebe su suerte, que comercie en la ciudad y aguce su ingenio para su propia protección.

—Hablas con mucho ingenio, Gúdula—le respondió a su vez su marido, al mismo tiempo que miraba un reloj y se enderezaba sobre la silla, diciendo a continuación:

—Ya es hora de cerrar la calle y Aaronson no ha vuelto con el dinero.

—Llegaré, sin duda, por la mañana. La carretera de Hamburgo es muy larga.

—Si ocurriese algo con este dinero—suspiró Mayer Rothschild—, perderíamos lo menos diez mil gulden.

—¿Tanto?—exclamó sorprendida su esposa.

—Ciertamente. Una suma de siete mil del agente del príncipe Lowenstein y varias pequeñas cantidades que he de cobrar, lo que hacen un total de diez mil por lo menos.

Entre tanto, Natán, que había visto alejarse al capitán de guardia, cruzó rápidamente la calle y entró en casa de Herr Roldermann, a quien le dijo sumisamente:

—Buenos días, Excelencia. ¿No me habéis mandado llamar porque deseáis un florín toscano?

La codicia asomó a los ojos de Roldermann, cuando reconoció al hijo del judío y le dijo severamente:

—¿Estas negociando fuera de Ghetto, pequeño judío? Lo mejor que puedes hacer es darme la moneda por su valor nominal o llámame a un guardia. Sabes que no te mandé a buscar. El precio son tres gulden, tómalos y dame la moneda.

—Lo siento, Excelencia—respondió el muchacho—. He venido solamente a preguntaros. El florín de oro «que tengo en casa», vale ocho gulden. Adiós, Herr Roldermann.

—¿Ocho? No estás bien de la cabeza—exclamó Roldermann, y al ver que el muchacho hacía ademán de marcharse, lo detuvo, diciéndole:—¿Quieres cinco gulden?

—Os lo daría por siete, sólo por conservar vuestra amistad, Excelencia, en el caso de que llevase el florín conmigo—respondió el muchacho.

—Seis, entonces. ¿Ves? Vosotros, los judíos, siempre abusáis de nosotros.

Natán puso una cara compungida y respondió:

—No digáis nunca una cosa así, Excelencia.

Mientras hablaba, Natán hizo desaparecer los seis gulden en el bolsillo secreto de su manga y su cara no tenía expresión alguna, a pesar de

que había logrado la prima de tres gulden, tal y como él había deseado. Miró desde la puerta, no vió guarda alguno y se marchó. Se entretuvo un poco mirando los escaparates de las tiendas y pensó que algún día podría él poseer aquellas telas para hacerse sus vestidos. Claro está que para llevarlos en casa, porque ningún judío se atrevía a salir vestido ricamente, por que los gentiles se lo rasgarían inmediatamente.

En uno de los escaparates en que se paró vió a dos hombres y oyó a uno de ellos que decía al otro, señalándole a él:

—Uno de los chicos de Rothschild, buen recordatorio. Ve a buscar a Herman y le visitaremos antes de que cierren la calle. No nos espere a esta hora.

Sin volver la cabeza, Natán dirigió la vista al que hablaba y reconoció a Grossman, el poco escrupuloso recaudador de impuestos.

Lentamente fué alejándose de ellos y dobló la esquina, pensando echar a correr. Pero detuvo su pensamiento, dándose cuenta de que si corriese, algún gracioso malintencionado podría hacerlo caer echándole la zancadilla y decidió por andar muy de prisa, pero sin correr.

Mientras pasaba por una estrecha calle para acortar camino, un verdadero golfillo de unos diez años, an-

drajoso y manchado de barro, pero evidentemente un gentil, se abrió de piernas y gritó a Natán: «judío, haz tu obligación».

Natán miró a su alrededor y vió otras gentes por allí. Si hubiesen estado solos le hubiera dado un empujón al golfillo y se habría abierto paso, pero ahora no podía hacer otra cosa que obedecer y dejar para mejor ocasión la venganza. Así, pues, siguiendo la costumbre, Natán bajó al arroyo y saludó al pilluelo que pasó ensorbebecido.

En su casa, Rothschild había contado a su esposa las operaciones del día, que le habían dejado un beneficio que casi ascendía a un millar de gulden, y terminó diciéndole con risa ahogada:

—¿Y ese agente, mamá?—(Llamaba siempre a su esposa mamá, debido a la costumbre que tenía de llamarla así cuando hablaba con sus hijos)—¿No le viste? Estaba aquí sentado, sonriendo, pensando estafar a este pobre viejo judío, estafarle y robarle, si podía. Y ahí me sentaba yo, con un aire tan inocente como un niño, como un bebé, podría decir.

—Pude verte mientras yo trabajaba—respondió su mujer.

—Su amo lo había mandado aquí para comprar ese viejo y bello reloj. Cuando se lo vendí estaba conten-

tísimo. Se lo dejé por menos de lo que a mí me costó.

—¿Lo has vendido a bajo coste? —preguntó asombrada Gudula.

—¿No lo entiendes, Gudula mía? —exclamó su esposo—. Hay que hacerles creer siempre que uno es estúpido y ellos son listos.

—Comprendo—murmuró la buena mujer—. Debí comprender que tú nunca haces nada sin motivo.

Iba él colocando los montones de monedas producto de sus operaciones del día dentro de la caja, cuando hizo sonar un gulden encima de la mesa y exclamó disgustado:

—¡Un gulden falso!... ¡Me han robado!

Su esposa examinó la moneda, la mordió y meneó después la cabeza, diciéndole:

—Cof que tenía alguna rajadura, pero no, es falsa... ¿Quién te la ha dado?

—¡Aquel agente! —exclamó Mayer Anselm—. Y yo le obsequié con un vaso de buen vino encima... ¡Lástima que no se haya ahogado con él!

—¿Crees que volverá?—preguntó su mujer?

—Sí—le dijo el marido, riendo entredientes—. Vendrá para hacer negocios y entonces... entonces lo atraparé.

Terminó de apilar las monedas en la caja, mientras que Gudula vigi-

laba el asado que se hallaba en asador sobre el hogar.

Entre tanto Natán había llegado a la entrada de la calle de la judería. Los guardias estaban ya descomulgando las cadenas que la cerrarían durante la noche, otros hacían entrar de prisa a los habitantes del Ghetto dentro de la calle, pero a Natán no tuvieron necesidad de decirle que se apresurase porque buen cuidado tuvo él de hacerlo, antes de que le avisaran. Corrió entonces velozmente para cruzar la poca distancia que había desde la entrada de la calle a donde estaba su casa y golpeó fuertemente la puerta, diciendo:

—¡Soy Natán!... ¡Abrid en seguida!

Su madre le abrió la puerta y el muchacho se precipitó dentro de ella inmediatamente diciéndole:

—¡El recaudador de los impuestos está en la calle! Ha dicho que venía hacia aquí con dos guardias, padre!

Rothschild se quedó sin aliento al oír el aviso de su hijo. Todos sabían lo qué significaba aquella visita. Sin embargo, Rothschild no dió exteriormente ninguna otra señal de emoción y su viva imaginación trabajó aceleradamente para buscar un medio con el cual hacer frente al peligro que se le acercaba.

Con una rapidez no desprovista

de serenidad, para evitar equivocaciones, empezaron a prepararse para la visita.

—Es Grossman—dijo Natán mientras trabajaba—y va guardado por un par de corchetes.

Explicó cómo se había enterado de la próxima visita del recaudador y añadió:

—Por lo menos he ganado para usted una prima de tres gulden.

—¿Es hora de hablar—le preguntó su padre severamente.—Y llamó a sus dos hijos mayores que trabajaban en los libros sobre un alto escritorio, diciéndoles:

—Sacad las hojas de registro que tenemos para estos casos y llevaos abajo los libros.

Natán había levantado una tapa del suelo, previa separación de una estera que la cubría, la cual conducía a la bodega. Cogió la caja del dinero y bajó la escalera.

—Aquí está el libro de cuentas también—le dijo su padre entregándole el grueso tomo.

Rothschild se dirigió a otro armario secreto del que sacó otro libro de contabilidad, un libro falso, hecho a propósito para las visitas del recaudador de impuestos.

Los otros dos hijos bajaron también con los otros libros, después de depositar los simuladas hojas de registro sobre su escritorio. Ayu-

daron a Natán a bajar también un gran barril de vino al subterráneo. Hecho esto quitaron dos sólidas piedras de forma cuadrada de los aparentemente homogéneos cimientos de la casa y en el escondite que estas piedras dejaron al descubierto metieron la caja del dinero, los libros de cuentas y el libro principal de sus operaciones.

En este escondite había una caja mayor, de sólida apariencia, conteniendo más de treinta mil gulden.

El barril de vino fué acercado a la pared después que las piedras volvieron a ocultar el escondite y Natán, a pesar de ser menor que sus otros dos hermanos, fué el que dirigió todas aquellas operaciones.

—Ahora—les dijo—volved al escritorio y estad a punto de trabajar para cuando venga Grossman, yo me quedaré aquí.

Subieron arriba y Natán, a la pálida luz de una vela, sacó una jarra de bronce y una tela, dispuesto a frotar que la frotaba con ésta para darle brillo en caso de que el recaudador de impuestos descubriese la trampa que daba acceso al subterráneo.

Los dos hermanos menores refán aunque adivinaban el peligro que entrañaba la próxima visita del recaudador, pero eran tan jóvenes que la emoción les hacía reír. Se

hallaban sentados al lado del hogar, aspirando con delicia el olor del asado y sabían que habría un poco de comida cuando llegase el recaudador con las guardias.

—Tomad — les dijo su madre, dándoles una rebanada de pan. — ¿Teneis hambre?

—No mucha, mamá—respondió uno de ellos.

Rothschild se volvió rápidamente hacia ellos, amenazándoles con el dedo y diciéndoles:

—Haced ver que teneis hambre cuando menos.

Se cerró la trampa que daba acceso al sótano y los hermanos mayores, después de volver a ocultarla con la alfombra, volvieron a ocupar sus sitios en el escritorio, dispuestos a fingir que trabajaban.

Gudula se puso un viejo delantal muy sucio y sobre la cabeza un rasgado y remendado pañolón, mientras que su marido se quitaba el otro mal cortado y raído, que un trapero había desdeñado.

—¡Que tengamos que hacer esto!—dijo Rothschild, con un feunte suspiro de pesar.

—Para defenderse de esos ladrones no se puede hacer otra cosa—le dijo su mujer.

—Ya lo sé — exclamó él — pero y estas criaturas ¿qué pensarán de nosotros?

Su mujer le tranquilizó diciéndole:

—Se hacen ya cargo de ello, saben que no es mala fe sino instinto de conservación. ¿Verdad, hijos míos que lo entendeis?

Los niños movieron afirmativamente la cabeza afirmando las palabras de su madre y el padre los miró, vió que olían el asado y exclamó:

—Gudula, esconde el asado.

El mismo ayudó a su esposa a levantar el asador, alejándolo del fuego, con el pesado trozo de carne ensartado, lo colocó dentro de un gran recipiente de cobre y éste lo ocultó dentro de una caja. Se sentó después a su mesa, se acercó al falso libro de cuentas, lo abrió y escribió estas palabras.

«Otro día de muchas visitas sin que se haya hecho operación alguna.»

—Recordad — exclamó con viveza—que no hemos hecho negocio alguno en cinco días... ¡Recordadlo!

Gudula colocó una olla sobre el fuego llenándola con agua caliente y un hueso casi desprovisto de carne y los pequeños rieron ahogadamente al ver lo que hacía su madre.

—¡No os riais!—les recomendó su padre—. Haced ver que estáis tristes y que tenéis hambre.

Fuera, en el arco que daba entra-

da a la calle de la judería, los habitantes del Ghetto todavía estaban entrando a la judería donde se hallaban sus casas y Grossman, con sus dos corchetes que le daban escolta, se dirigía hacia la casa de Rothschild. Los soldados le abrieron paso respetuosamente y los corchetes que iban delante de él empujaban rudamente hacia dentro del Ghetto a cuantos se colocaban a su alcance.

—¿Dónde está la casa de Rothschild?—preguntó un corchete a uno de los soldados.

—Seguid — le dijo éste — bastante sabéis ya donde está.

Llegaron por fin a la puerta del judío y vieron el escudo en el cual se leían las siguientes palabras:

Mayer Anselm Rotshchild

Cambiatu - Tratante en monedas

No podían ver a Rothschild, que estaba mirando ansiosamente detrás de la estrecha ventana cubierta con una cortina, y Grossman destacó a un corchete para que llamase, haciéndolo éste de tal modo, que no parecía, sino que intentaba derribar la puerta, al mismo tiempo que gritaba:

—¡Abrid, judío!

Rothschild se asomó por la ventana y aparentando que hasta entonces no los había visto, exclamó:

—¡Cómo! Es mi buen amigo el recaudador. Corred a abrirle la puerta a esos caballeros.

Grossman entró poco después, con el gesto ceñudo y seguido de los dos soldados.

—Tráeme tus libros, judío — le dijo a Rothschild.

—En seguida, excelencia— respondió éste sumisamente—. Preciamente estaba en este momento trabajando en mi libro de cuentas... Hum, hum... Las cosas van mal, señor.

Grossman, con el ceño fruncido todavía, alargó la mano y le quitó violentamente el libro, hojeándolo rápidamente, mientras que Rothschild le decía:

—Muy mal, muy mal, excelencia.

En el extremo opuesto de la habitación, los otros dos hijos mayores seguían trabajando en las simuladas hojas de registro y los dos hermanos menores tenían el aire más lastimero que pudiera imaginarse.

Se comprendía claramente que Grossmann no estaba satisfecho de lo que veía en el libro de cuentas, por lo que Rothschild se apresuró a decirle, en tono lastimero:

—¡Nunca, excelencia, he conocido un año tan malo! En cinco largos días no he visto un solo gulden.

Grossmann alzó la mirada y le contempló con firmeza, seguro de que el

judío le engañaba. Se adivinaba claramente que el recaudador no creía nada de cuanto le estaba diciendo el judío, pero éste sin hacer caso de aquello, siguió diciéndole:

—Han venido clientes, es verdad, pero se han marchado sin comprar nada. Y nadie viaja en estos tiempos tan malos, de modo que mi negocio de cambio es peor que nada, os lo aseguro.

—¿Te morirás de hambre, eh?— Aspiró el aire y refunfuñó: —Pues ninguno de vosotros parece sufrir hambre. Esto no huele a miseria por cierto... Aquí huele muy bien.

Gudula aparentó inmediatamente estar sorprendida y su marido aspiró el aire y movió la cabeza, diciendo:

—¡Ah, sí! ¿Huele bien, verdad? Algún vecino más afortunado que debe tener asado... ¡Imaginad qué suerte!

—Sería muy difícil para nosotros, imaginarlo, Mayer —dijo con acento quejumbroso su mujer—. Cerraré la ventana, es demasiado que los niños tengan que oler lo que hace tanto tiempo no hemos visto por la casa.

Grossman prorrumpió de pronto en una carcajada, una carcajada desagradable de incredulidad, arrojó al suelo el falso libro de cuentas y le dijo al judío:

—Rothschild, ¿por quién me to-

mas? Tráeme ahora tus libros auténticos.

—¿Libros auténticos, excelencia? —preguntó fingiendo un gran asombro—. No entiendo lo que decís.

Grossman se acercó a Rothschild y mirándolo amenazador, le dijo:

—¿Crees que soy un imbécil? Ganas tú más dinero que cualquier otro judío de la judería, probablemente más que cualquier cambiista de Francofort. No obstante, en diez años no has pagado más que doscientos gulden de impuesto. Es absurdo. Cada vez me cuentas la misma historia— golpeó la mesa con sus puños y gritó: —Esta vez no te saldrás con la tuya. ¡Vas a pagar dos mil guldens!

Gudula emitió un sonido entrecortado y ahogó un sollozo, mientras que su marido no experimentó dificultad alguna para mostrarse profundamente consternado y poder decir:

—Excelencia, si me amenazáis con matarme a menos que os pague un centenar de guldens, moriría indudablemente.

Pero Grossman no se dejó vencer por el aspecto doloroso del judío y se volvió a los corchetes ordenándoles:

—Registrad la casa, subid arriba y deshaced las camas. Encontradme los libros auténticos.

Los corchetes subieron arriba y Grossman empezó a pasear por la

estancia. Se acercó al escritorio, apartando a un lado a los hijos mayores de Rothschild y leyó por encima las hojas de registro. Las arrugó y las arrojó al suelo con un gruñido de disgusto.

Se acercó después al fuego y contempló la olla, quedando evidentemente sorprendido al ver el hueso casi mondado y sin verdura ninguna dentro de la misma.

Uno de los pequeños, mascando un trozo de pan se tragó inadvertidamente un poco de miga que le produjo un pequeño ahogo, y esto le facilitó el llevarse las manos a los ojos aparentando que lloraba.

Rothschild, con cara inexpresiva, seguía mirando a Grosseman sin perder detalle de cuanto sucedía y vigilaba el menor gesto del rostro del recaudador de contribuciones, a quien le dijo al fin:

—Quizá pudiese pedir prestados trescientos guldens.

Pero se detuvo al decir, puesto que había observado algo en Grosseman que le heló la sangre en el cuerpo. El recaudador, al dar un paso atrás, corrió con el pie la estera y dejó la trampa al descubierto.

—¿Con que esas tenemos? — exclamó, riendo nerviosamente Grosseman—. Ya sé donde tienes guardado tu tesoro y tus libros, todo está aquí debajo.

—Solo un poco de vino, excelencia — exclamó Rothschild, que había vuelto a recobrar su calma y su cara se mantenía inexpresiva—. Es vino ordinario, pues el buen vino cuesta caro.

Y para que se convenciese el recaudador, dió un golpe con el pie sobre la trampa, al mismo tiempo que gritaba:

—Abre, Natán, al caballero.

LA PREVARICACION DE GROSSMAN

Gracias al contrapeso que había de bajo, Natán pudo abrir la puerta y su padre hizo ademán de bajar, pero Grossmann se lo impidió, empujándole a un lado y diciéndole:

—Sígueme a distancia.

Natán se había ya sentado y frotaba la jarra de cobre con gran ahinco, cuando llegó el recaudador y le ordenó, dándole con la punta del pie.

—Ponte en pie, pequeño judío!

—Sí, excelencia — respondió Natán, cometiendo el error de colocar-se ante el barril que disimulaba el escondite.

Aquel acto del muchacho hizo creer al recaudador que allí era donde el judío guardaba su dinero y sus libros, y exclamó riendo:

—¡Me lo figuraba!

Dió un golpe con el pie al barril y al advertir que aquél parecía vacío, exclamó:

—¡Un barril vacío!... ¿Y es aquí donde tienes tu vino?

Afortunadamente, Rothschild se hallaba tras él y esto impidió que el recaudador se pudiera dar cuenta de la mirada de terror del judío, mientras que Natán, sin perder su serenidad, exclamó oficiosamente:

—¿Vino, excelencia?... ¿Quisierais un poco acaso?

Agarró un cubilete y se fué hacia el otro barril que había allí, pero Grossmann lo detuvo, diciéndole:

—Ya me figuraba yo esto. No, muchacho, dame el vino de este otro barril.

—Pero, excelencia — se atrevió a decir el muchacho — no quisiera ofen-

deros con este vino tan ordinario. En este otro barril es donde tenemos un poco de vino bueno, del que tiene mi padre para obsequiar a los buenos amigos como vos.

Como puede verse, Natan era mucho más listo de lo que había dicho su padre y su sangre fría en los momentos más difíciles no se alteraba en lo más mínimo desconcertado a cuantos pretendieran cogerlo en una equivocación. Sin embargo, Grossmann estaba seguro de haber descubierto el escondite del judío y sonriendo maliciosamente le ordenó de nuevo al muchacho:

—Haz lo que te digo, pequeño judío.

Natan, a regañadientes, se dirigió al otro barril y abrió el grifo por el que salió un chorro de vino, que hizo exclamar al recaudador con sorpresa:

—¡Vino!

—Ya os lo dije, excelencia—respondió Natan, a la vez que llenaba el cubilete y se lo entregaba al recaudador.

Este tomó un sorbo e hizo una muestra de desagrado, mientras arrojaba el resto del líquido sobre el polvoriento pavimento y exclamaba:

—¡Qué porquería!

—Es verdad excelencia—respon-

dió Natan—pero aquí tenemos otro para los buenos clientes.

Natan sacó vino del otro barril y lo dio a Grossmann, que tomó un sorbito con precaución y luego un buen trago sonriendo satisfecho, pues era realmente un buen vino.

Cuando hubo terminado de beber se volvió a Rothschild y haciendo una mueca que quería ser una sonrisa le dijo:

—Al parecer has dicho la verdad, pero pagarás 20.000 florines.

Rothschild se puso grave, pero no dejó traslucir emoción alguna y respondió:

—Esa cantidad no se encuentra en toda la judería.

Entonces el recaudador se acercó a él misteriosamente, como queriéndole hablar confidencialmente. Rothschild lo comprendió y cerró la trampa para que los corchetes no pudieran oír la conversación. Cuando Grossman se convenció de que nadie podía oírlo le preguntó sonriendo:

—¿Quisieras pagar otra vez dos mil florines?

—Sí, excelencia—respondió el judío—. Si esto es posible...

—¿Y qué saldría yo ganando?—preguntó el recaudador.

—Un buen regalo—respondió Rothschild.

—Pues quiero 10.000 florines— le dijo el recaudador.

Rothschild le miró aparentando un gran sobresalto y con aire compungido le dijo:

—¡Nos quiere arruinar!

—Lo haría con gusto—refunfuñó Grossman—. ¿Te decides?

Rothschild titubeó antes de responderle y al fin, pensando que no tendría más remedio que acceder en algo le dijo:

—Quizá pudiera encontrar 3.000 florines.

—No, han de ser 6.000—le dijo el recaudador rebajando la cifra que había pedido.

—Lo dejaremos en 5.000— le propuso el judío.

Grossman pensó que aquella cantidad sería la máxima que podría sacarle al judío y terminó diciéndole:

—De acuerdo, pasaré mañana y ¡cuidado con hablar!

Salió acompañado de los corchetes que había traído y por la familia de Rothschild, quienes hasta que le vieron fuera no se sintieron tranquilos.

Cuando todos sus hijos y su mujer le rodearon, el viejo Rothschild exclamó dirigiéndose a Natan que lo había salvado de un grave conflicto:

—Eres inteligente Natan—. Des-

pués de todo 5.000 florines no es mucho.

Mas la suma tan poco era despreciable y la usura que siempre había sentido le hizo reflexionar y decir:

—Pero duele tener que dar esa suma.

—Pero no tanto como tener que dar 20.000—le atajó su hijo Natan.

Afuera, los guardias sujetaban las grandes cadenas, cuando Grossman y sus corchetes llegaron al final de la calle de la judería. Los soldados se hicieron a un lado respetuosamente, manteniendo las cadenas lo suficientemente abiertas para que pudiesen salir ellos.

En aquel preciso momento un muchacho judío penetró precipitadamente por la pequeña abertura, chocando contra el recaudador en su precipitación. Grossman le echó una maldición y uno de los corchetes le preguntó:

—¿Lo detenemos, excelencia?

—No, déjalo. Salgamos de aquí—respondió Grossman.

El joven judío que entró bruscamente, pasando por enmedio de las cadenas y topando con Grossman, echó a correr después calle abajo y se detuvo ante la casa de Rothschild, cuya puerta golpeó repetidamente.

Natan corrió a mirar por la ven-

tana, y dirigiéndose a la puerta para dejar entrar al muchacho, les dijo a sus padres:

—Ea Aaron.

Entró éste, que estaba casi sin alientos de tanto correr, y con la voz entrecortada, le dijo a Rothschild:

—El hombre que traía el dinero de Hamburgo ha sido arrestado... Pero pudo escapar.

La faz de Rothschild adquirió una palidez cadavérica y preguntó tembloroso:

—¿Escapó con el dinero?

—No, se lo quitaron.

Rothschild se volvió a su esposa y con la voz entrecortada por los sollozos, le dijo:

—¿Oyes esto, mamá?... Nos han robado diez mil florines.

La agitación de Rothschild era tal que su mujer, temerosa de que pudiera ocurrirle alguna desgracia intentó calmarlo, diciéndole:

—Cálmate, Mayer.

Pero éste, sin hacer caso del consejo de su mujer, levantó la vista al cielo, como pidiendo protección, y exclamó:

—¡Por qué el Todopoderoso no lo mató antes!

—No te irrites, Mayer—siguió diciéndole su mujer— ¡Te hace mal!

La actitud de Mayer era efectivamente irritante; nunca le había

visto su mujer en aquel estado. Y dejándose llevar por el ímpetu que lo dominaba en aquellos momentos reunió a sus cinco hijos y empezó diciéndoles.

—Sois jóvenes, tenéis la vida por delante y debéis luchar por vuestro pueblo.

Su esposa quiso nuevamente persuadirlo para que callase; pero Mayer se volvió a ella y le dijo:

—Prefiero engañar al recaudador antes que a mis hijos... Quiero ser honesto con ellos.

Y volviéndose nuevamente a los cinco varones que lo escuchaban con gran atención, volvió a decirles:

—Somos judíos y por eso nos lo prohíben todo y nos lo roban todo. El dinero es una fuerza y la única arma que tienen los judíos... Muy bien, entonces, ganad dinero y combatid con él. Trabajad y esforzaos para ganar dinero, pues algún día eso nos permitirá librarnos de este trato injusto... ¡Dinero es poder, muchosos! ¡El dinero nos librará un día de la opresión!

Emitió unos sonidos entrecortados y se dejó caer pesadamente sobre la tosca mesa, donde poco antes había estado contando el dinero de las ganancias de aquel día. Su mujer y sus hijos corrieron a prestarle auxilio.

Aquel ataque que padecía Roths-

child fué mayor que ningún otro. Padecía del corazón, y la noticia de haberle sido robado los 10.000 florines le produjo aquel estado, del que ya no saldría más.

Mientras duró su enfermedad, Natan se cuidó de los asuntos de la casa, con una predisposición que evidenció prontamente una mayor inteligencia que la de sus hermanos, quienes no opusieron el menor reparo en ser mandados por él.

Pero el viejo Rothschild sintió al fin que su vida se iba, se vió próximo a morir y ordenó a su mujer que trajese junto a su lecho a sus cinco hijos.

La buena mujer salió a la puerta del dormitorio donde los muchachos esperaban impacientes noticias del curso de la enfermedad de su padre, y les dijo:

—Vuestro padre quiere hablaros a todos... Entrad.

Natan palideció, pero se abstuvo de decir nada, pensando únicamente en la gravedad de su padre, y seguido de sus otros hermanos entró al interior de la alcoba, en cuyo lecho se hallaba reposando Mayer Rothschild.

Los cinco hijos de Rothschild se alinearon al lado de la cama. Su madre se sentó en la cabecera y el viejo judío, apoyada la cabeza en varios cojines, contempló el grupo

formado por sus cinco hijos y sonrió con orgullo:

—Mis queridos hijos—dijo al fin.—Cuando un hombre se ha de ir, nadie lo sabe. Puede ser esta noche, puede ser de aquí a veinte años; pero ha llegado la hora de que yo hable con vosotros... Y así, cuando me vaya, os dejaré al cuidado de vuestra madre. Es muy sensata, más de lo que creéis, mucho más juiciosa que yo en muchas ocasiones. Y vuestra madre es buena... todo en ella es bondad... Escuchadme bien ahora. Haced siempre lo que vuestra madre os diga. Sé que lo haréis porque sois buenos chicos y además inteligentes. Así, pues, acordaos. Haced siempre lo que vuestra madre os diga y seréis ricos. Ya he dicho a vuestra madre lo que quiero...

Hizo una pequeña pausa para tomar nuevos alientos y prosiguió diciéndoles a sus hijos:

—Se pierde mucho dinero mandándolo por carruaje y mensajero de un país a otro. En tiempo de guerra es apresado por el enemigo; en tiempo de paz, robado por los bandidos... Sois cinco hermanos... Cada uno debe establecer una casa de banca en un país distinto... Uno la abrirá en París; otro, en Viena; otro, en Roma, y otro de vosotros conservará la casa Rothschild aquí, en Francfort. Entonces, cuando haya

que mandar dinero a Londres, por ejemplo, no hacéis remesa alguna, sino una nota a Natan, en Londres, porque quiero que sea éste quien vaya allá. El hará honor a la firma con su dinero y en reciprocidad, tú harás honor a su firma aquí. Así, pues, ved, hijos míos, no pueden robarnos, decomisarnos ni sustraernos dinero alguno. Seréis una gran Casa Rothschild: uno para todos y todos para uno.

Su esposa quiso evitar que siguiese hablando tanto, y le suplicó:

—Mayer, acuérdate que el médico te ha prohibido que hables.

—Mamá — le dijo bondadosamente el viejo judío —, doy a mis hijos unos consejos que ningún doctor es capaz de darles. Recordad que la unión es la fuerza. Toda la vida debéis apoyaros el uno al otro y pedid siempre consejo a vuestra madre. A ningún hermano debe dejársele fracasar, mientras haya uno que triunfe. Vuestros cinco bancos podrán abarcar toda Europa, pero

seréis una sola firma, una sola familia... Los Rothschild trabajarán siempre juntos. Esa será vuestra fuerza. Y cuando seáis poderosos recordad el barrio judío... el Ghetto.

Su mujer se abrazó a él llorando y exclamó con firme decisión:

—Estaré siempre aquí... Nunca dejaré la casa en la que todos nacieron...

Su padre siguió diciéndoles:

—Antes que todo recordad que ni el negocio, ni el poderío, ni todo el oro de Europa, hará vuestra felicidad mientras nosotros, nuestro pueblo, no disfrute de igualdad, de respeto y de dignidad... Mientras no pueda comerciar con libertad, mientras no pueda negociar con dignidad... vivir con dignidad... y andar por el mundo con dignidad, nada habréis conseguido...

Y fatigado por el esfuerzo que acababa de realizar, dejó reclinar la cabeza sobre la almohada mientras que sus hijos espían con el corazón encogido el menor movimiento de su padre.

TREINTA Y DOS AÑOS DESPUES

Treinta y dos años más tarde, los cinco hijos de Rothschild habían establecido sus casas de banca en las cinco capitales europeas que les había recomendado su padre. El negocio había prosperado grandemente y sus capitales eran portentosos. Contaban millones y hacían operaciones que asombraban a las demás bancas europeas, que no podían soportar que un judío los venciera.

Europa luchaba por librarse del dominio napoleónico y los aliados buscaban medios financieros en todas partes.

En la casa que Rothschild tenía instalada en Austria, se presentó un delegado del Gobierno, diciéndole a Rothschild:

—Austria necesita un empréstito de quince millones.

—Lo consultaré a Londres con mi hermano—respondió Rothschild.

—No se puede esperar tanto—respondió el delegado.

—Sin embargo, no tengo más remedio. El es el jefe.

En Italia sucedía lo mismo, y el Gobierno pedía a Rothschild diez y seis millones de ducados. La respuesta fué la misma:

—Consultaré con mi hermano de Londres.

Y hasta en París se solicitó aquel préstamo, a lo que Rothschild se vió obligado a responder:

—Nuestra casa de París no puede luchar contra Napoleón.

Natan había marchado a Londres y se había casado con una joven encantadora de su misma religión, de

cuyo enlace nació una preciosa niña, que tenía a la sazón 17 años. Se le había puesto el nombre de Julia y sus padres adoraban en ella, pensando casarla con un joven que fuese de su misma fe.

La muchacha, criada entre los mimos de sus padres, sentíase feliz, sin que nada alterase su dicha, hasta que conoció casualmente al capitán de la guardia Roland Fitzroy. Apuesto militar que ganó prontamente las simpatías de la joven y supo conquistar desde el primer encuentro el corazón de Julia.

La cosa parecía oculta a sus padres, pero éstos ya habíanse dado cuenta de las preferencias de su hija por aquel apuesto mancebo.

Una mañana, John Charles Herries, acompañado del capitán Fitzroy, se hallaba conferenciando con Natan, y le decía:

—Señor Natan, otro empréstito nos daría la victoria. Vosotros habéis sido generoso y el Duque de Wellington aprecia vuestra obra... Lord Wellington ha dicho: «Cada uno de los Rothschild vale por cinco brigadas de Napoleón».

Natan sonrió bondadosamente ante los elogios que su amigo el Duque le tributaba, y Herries, comisario en jefe encargado del financiamiento de las fuerzas británicas y aliadas contra el ambicioso Napoleón,

cuya estrella empezaba a palidecer, volvió a decirle:

—¿Podemos contar con vuestra ayuda?

Rothschild permanecía callado oyendo al emisario, y esperaba que éste terminase para exponerle su pensamiento. Charles Herries siguió diciendo:

—Sólo el dinero gana las guerras y las provoca. Necesitamos cinco millones de libras.

Por fin, respondió Rothschild y exclamó decidido:

—Declino el aportar cinco millones de libras para que los aliados sigan la guerra contra Napoleón... Pero puedo decir a Lord Wellington que los Rothschild darían 10 millones si él garantiza que aplasta a Napoleón.

—Os lo prometeré—respondió Charles Herries.

Y cuando al fin Napoleón fué vencido y desterrado a la isla de Elba, Inglaterra honró a su vencedor, el Duque de Wellington.

En un banquete, en el que se habían reunido todos los representantes de los países aliados, se honraba a Lord Wellington y conde de Ledrantz de Prusia, irreconciliable enemigo de los judíos, brindaba por el héroe, diciendo:

—Una vez más Inglaterra agradece a su gran soldado el sacrificio

que ha hecho por su patria. ¡Bebamos en su honor!

Todos los presentes levantáronse para alzar sus copas y Lord Wellington preguntó al conde:

—¿Por qué no ha venido Rothschild? El que tanto ha hecho por la victoria.

Ledrantz no supo qué responder; pero guardó silencio, sintiéndose muy molesto, porque un personaje de la alcurnia de Lord Wellington se acordase en aquel momento de un judío.

Y para que su malestar fuera aún mayor, Lord Wellington exclamó:

—¡Iré a verle.

Llamó a su ayudante, el capitán Fitzroy, y le dijo:

—Cuando salgamos de aquí iremos a ver a Natan Rothschild.

Momentos después, Lord Wellington y su ayudante se hallaban en casa del primero, cuando éste le preguntó.

—¿Sabes dónde vive Natan Rothschild?

El capitán sonrió alegremente, pensando en Julia, y respondió:

—Ya lo creo, señor.

Entonces Lord se acordó de que el capitán estaba enamorado de la hija del judío, y exclamó riendo:

—Claro que lo sabes... Me olvidaba de que Natan tiene una hija bellísima.

Inmediatamente se fueron hacia

la casa de Rothschild, seguidos por una ingente muchedumbre, que no cesaba de vitorear a Lord Wellington, y éste entró en casa de su amigo el judío, mientras que el capitán Fitzroy acudía al jardín donde había visto a Julia. Sin darle tiempo a que se defendiera la estrechó en sus brazos y la besó apasionadamente. La joven le miró sorprendida, aunque halagada por aquella explosión de cariño del hombre a quien amaba, y el capitán justificó su atrevimiento, diciéndole:

—¡Hacía tanto tiempo que quería darte un beso!

—Sí, ya lo he visto—respondió sonriendo Julia—. Pero, fué tan inesperado que me asusté.

—¿Asustarte, teniendo a tu lado un capitán de la guardia?

—Un capitán de la guardia que es muy peligroso—respondió la joven, sin apartar de sus labios su deliciosa sonrisa.

—Peligroso para el enemigo, inofensivo para la mujer a quien adora—respondió a su vez el capitán.

—¡Pero todavía no me has preguntado si te quiero!

—Es verdad—exclamó el capitán—. ¿Me quieres?

Julia lo miró amorosamente, se acercó a él y echándole los brazos al cuello exclamó:

—¡Con toda mi alma!

Durante unos segundos permanecieron abrazados, sintiéndose transportados a un mundo distinto del que vivían, y al fin el capitán le dijo:

—Esta noche hablaré con tu padre... Ya me he aprendido el discurso de memoria.

Julia bajó la cabeza, sintiendo de pronto una gran agitación y suspiró tristemente.

—Pero tú eres un gentil y yo soy judía.

—Eso no tiene importancia—respondió el capitán, no viendo otra cosa que el amor que profesaba a Julia—. El amor no conoce razas y menos el nuestro, que es mayor que ningún otro.

Y mientras ellos seguían hablando de lo que más les interesaba del mundo, en le despacho de Natan el Duque se exclama de los gritos de la muchedumbre, diciéndole a su amigo el banquero:

—Siempre ese gentío detrás de mí.

Natan se acordó de cuando era niño y cuando todos aquellos gentiles acudían al barrio judío para apedrearlos y no pudo reprimir su pensamiento, diciéndole:

—Nosotros los hemos visto también en Francfort, pero no aplaudiendo.

—Sin embargo — respondió el

Duque de Wellington, cuya rectitud de conciencia no admitía distinción de razas—. Todos esos algún día os deberán algo más que el dinero.

Se sentaron el uno frente al otro, y Natan le dijo al Duque:

—Mi padre decía que debíamos prestar dinero solo para terminar las guerras.

—Y lo habéis cumplido, logrando que todo el mundo os respete.

Natan se levantó para ofrecer una copa de coñac al Duque, y mientras lo hacía, él respondió:

—Todo el mundo, no. Los banqueros aún están celosos y la gente del pueblo cree que somos unos Shylocks.

—La culpa no es de ellos. Ese prusiano de Ledrantz es el que la tiene.

—Lo sé—exclamó Natan—. El odia a nuestra raza.

Por la mente de Natan cruzó un rápido pensamiento y sintiendo en su pecho todo el dolor que le causaba las persecuciones de que eran objeto sus hermanos judíos en Francfort, exclamó:

—Pero que no llegue a necesitar de nuestra casa.

El Duque lo miró algo intranquilo. Jamás había oído a Natan profesar ninguna amenaza, y por lo mismo sus palabras le produjeron mayor extrañeza.

—¿Qué quiere usted decir?—le preguntó.

—Que Napoleón todavía no ha muerto—respondió Natan.

—¡Oh!, pero es como si lo fuera.

Natan no quiso contradecir al Duque, y le ofreció otra copa de coñac, mientras le decía:

—¡Cuántos jaleos se habrían ahorrado si Napoleón hubiera nacido en Inglaterra.

—¿Y qué hubiera sido entonces de mí? — preguntó riendo el Duque.

—Pues, sencillamente, que serías su general en jefe.

Levantó la copa que tenía en la mano y brindó con el Duque, diciendo:

—¡Por la paz de Europa!

Los dos amigos bebieron y volvieron a sentarse nuevamente. El Duque, que en toda ocasión procuraba demostrar el afecto que le profesaba, le dijo confidencialmente:

—Ahora, en secreto. He oído decir que se lanzará un empréstito para la reconstrucción de Francia. El más grande empréstito que se haya hecho. Francia lo necesita y los aliados deben ayudarla.

—Y el banco que lo tome ganará un prestigio mundial—repuso Natan.

—Esta es una oportunidad que no debéis perder—le dijo el Lord.

Natan, conmovido por la amistad que le brindaba aquel gran personaje, no pudo menos que decirle emocionado:

—Le agradezco el informe y procuraré aprovecharlo.

—Yo se lo doy tal y como me lo dieron—respondió riendo el Duque.

Natan llamó inmediatamente al criado, que acudió, y le dijo:

—Diga al señor Rowerth que venga.

Este era el empleado de confianza que tenía en Londres y de quien se podía fiar como de sí mismo. Cada uno de los hermanos poseía en cada casa un empleado judío, que venía a ser como una sombra de sus jefes, y a ellos se confiaban los secretos más importantes de la casa Rothschild, con la seguridad absoluta de que jamás serían traicionados.

Los dos amigos, cuando quedaron solos, volvieron a beber una copa de coñac, y Natan exclamó:

—¡Por la casa que tome el empréstito!

—¡Por la casa de los Rothschild! —brindó el duque.

Apenas había terminado el brindis cuando entraron en el despacho su esposa y su hija Julia, que venía acompañada del capitán. Lord Wellington, después de besar la mano

de Ana Rothschild, se dirigió a Natan, y le dijo señalando a los dos jóvenes, en cuyos rostros podía leerse toda la inmensa alegría que les producía aquel amor:

—Hay que vigilar a esos pollitos.

Julia intervino graciosamente y le dijo al Duque:

—Le pido que lo deje venir más a menudo.

—¡Eso es contra el reglamento! —le respondió sonriendo el Duque.

Pero su padre, que en aquellos momentos no podía ocultar la satisfacción que sentía por la noticia que le había confiado Lord Wellington, exclamó bromeando:

—Ella lo ve cuando usted lo manda con mensajes al primer ministro.

—¿Cómo? — exclamó Lord fingiendo una gran extrañeza—. ¡Eso es contra el reglamento!

—¿También prohíbe el reglamento que nos veamos?—preguntó deliciosamente la muchacha, cogiéndose del brazo del capitán y saliendo del despacho seguida de su madre.

El Lord también dió por terminada su visita y se dispuso a salir. Ya en el hall, se volvió a Natan y le preguntó:

—Natan, ¿cómo supo usted la

abdicación de Napoleón dos días antes que el ministro de la guerra?

—Pues porque allí no saben las cosas sino dos días después.

Lord Wellington rió alegremente aquella respuesta, y dijo a su vez, bromeando:

—Dicen que los indios oían en el suelo, pero usted no es indio.

—Claro que no—respondió Natan—. Yo soy oriundo de Jerusalén... Además se pueden enviar mensajes rápidos.

—Fitzroy es mi mejor mensajero y no creo que haya quien le gane en rapidez. ¿Cómo pudo usted saberlo antes?

Natan sonrió maliciosamente. Aquel era el principal secreto de los éxitos de la casa de Rothschild, y le respondió:

—Un pajarillo me lo dijo al oído.

—¿No me lo quiere decir?

Natan sonrió mientras movía la cabeza negativamente, y Lord llamó a su ayudante, diciéndolo:

—Fitzroy, vamos antes de que este prestidigitador nos haga desaparecer.

Abrió la puerta, y los gritos de la multitud que aguardaba su salida para vitorearle se la hicieron cerrar nuevamente y su ayudante llenó una copa de coñac y se la ofreció a su jefe, diciéndole:

—¿Un coñac antes de la carga?

El Duque cogió la copa y la bebió de un trago, mientras que Natán decía:

—Este joven llegará a general.

Lord Wellington terminó de ponerse su amplia capa y se decidió a hacer frente a la muchedumbre que le aguardaba, despidiéndose de Rothschild, diciéndole:

—No olvide el secreto que le he confiado.

—Lo tendré muy en cuenta —respondió Natán.

Cuando salieron los dos militares, Natán miró por la ventana, y dirigiéndose a su mujer, le dijo filosóficamente:

—Ahí va... Suspirando por la paz y el sosiego...del campo de batalla.

Se fué inmediatamente a su despacho para dar una orden a uno de sus hermanos, y mientras tanto Ana le decía a su hija:

—Creo que haces mal en darle esperanzas al capitán... Piensa que sois de distintas razas.

—El dice que ese es asunto nuestro solamente—respondió ingenuamente la chiquilla.

—Pero su madre y sus tías son duquesas y condesas... ¿No pensará acaso en tu fortuna?

Julia se incorporó ofendida por aquel pensamiento. Su corazón no

admitía aquella duda hacia el hombre que adoraba, y exclamó:

—La desprecia. No pienses mal de él. Nunca he hablado a papá de él, pero...

—... Pero tú crees que yo no lo veo—respondió su padre, atajándola, en el momento que entraba, sin ser visto por ninguna de las dos mujeres.

Julia corrió a abrazarlo y Natán siguió diciéndole:

—¿Crees que un banquero no piensa en esas cosas? Yo ya sabía que se querían Ana, pero una Rothschild debe casarse con un Rothschild.

—Yo no lo era—respondió Ana, buscando una disculpa para su hija.

—Pero eras de nuestra raza—le contestó su esposo.

Julia, que varias veces había pensado en aquello, no pudo menos que dejar en libertad sus pensamientos, y respondió a su padre:

—¡Esos prejuicios me espantan, papá!

—Y es la verdad, hija mía—le dijo Natán—. Yo quisiera que te casaras con uno de nuestra raza... Es verdad que el mundo cambia—prosiguió diciendo—, especialmente en Inglaterra... Quizás más tarde...

Y al ver que su esposa callaba, sin responder a ninguna de sus consideraciones, le preguntó:

—¿Qué piensas, Ana?

—Que es ella la que debe elegir.

Natan cogió a su hija entre sus brazos, y después de besarla en la frente, le levantó el rostro apoyando su índice en la barbilla de la muchacha, y exclamó, vencido por ella:

—Este es el primer mal negocio de un Rothschild.

Y echando la cosa ya a broma, sintiéndose en aquellos momentos optimista, le dijo a Julia:

—El Duque de Wellington me dijo que los Rothschild han hecho mucho por Europa... ¿Qué ha hecho tu Fitzroy? Nada... como no sea pedir permiso y mostrar predilección por las orquídeas... Cualquier tonto puede enamorarse.

—Pero ningún tonto arrancaría tu consentimiento—le respondió Julia abrazándose a su padre mimosamente.

—Todavía no lo ha arrancado—exclamó riendo Natan.

—Ya lo intentará—le dijo ella, siguiendo el buen humor de que daba muestras su padre.

Natan vio llegar a su empleado principal, y exclamó, como quien se acuerda de algo que tenía que hacer:

—¡Ah, Rowerth!

Julia se levantó inmediatamente y se fué hacia la puerta del jardín

para ausentarse. Había observado la solicitud con que la trataba aquel alto empleado de la banca y su corazón femenino se había dado cuenta inmediatamente de que aquel hombre buscaba en ella algo más que la amistad.

Julia no podía negar que lo apreciaba; le profesaba un sincero cariño amistoso; pero no era este precisamente el sentimiento que Rowerth buscaba en ella.

Si en vez de haber sido el capitán hubiera sido este el hombre a quien ella hubiera amado, su padre habría dado inmediatamente su consentimiento y hasta le habría expresado que él varias veces había soñado en aquella boda. Pero el corazón de la joven pertenecía por entero al capitán, y pretendió alejarse de allí, antes de que Rowerth la hiciera discretamente el amor.

El empleado, al ver que se marchaba, intentó detenerla, y le preguntó sumisamente:

—¿A dónde vas, Julia?

Ella, acordándose de las últimas frases de su padre, quiso darle a entender de que el capitán le esperaba, y le respondió:

—Voy a ver mis «orquídeas».

Salió corriendo alegremente, mientras que Natan se llevaba a Rowerth a su despacho y le decía:

—Hay grandes novedades.

Lo entregó un trozito de papel que había escrito, y le dijo:

—Envíe este mensaje a mis hermanos... Wellington cree que esto es magia.

Y la magia de que se valían los Rothschild era sencillamente de unas palomas que habían amaestrado, las cuales les llevaban y traían los mensajes.

Antes de entregarle la nota que

había escrito, la volvió a leer y quedó conforme con su contenido, que decía:

Se está a punto de lanzar un nuevo empréstito francés. Debemos hacer una oferta y negociarlo nosotros. —Natan.

Entregó la nota a su empleado y éste salió rápidamente para enviar el mensaje a los otros Rothschild que se hallaban en las diferentes partes de Europa.

EL RESULTADO DEL EMPRESTITO

Durante varios días se ocupó la prensa de la cuantía de aquel empréstito que estaba a punto de lanzarse. Las bancas se habían interesado por él, si bien Ledrantz tenía tomadas todas sus medidas para que Rothschild no pudiera obtener su concesión.

Natan sabía de sobras que tendría que luchar con fuertes adversarios, y el peor de todos era el conde, pero por eso mismo redujo su oferta a un límite que era imposible que nadie la igualase.

El día que había de concederse aquel empréstito, los periódicos publicaban en lugar preferente una nota que decía:

"Hay ofertas de todas las importantes casas de banca de Europa. Los aliados designarán el banquero

que lo haya de negociar en la reunión que celebrarán el Downing Street."

Natan se hallaba aquel día, en contra de su costumbre, un poco nervioso, y su hija, momentos antes de que su padre se dirigiera a donde tenía que resolverse la cesión del empréstito, le abrazó cariñosamente y le dijo:

—No creo que te nieguen nada.

—No depende todo de mí—respondió Natan, sin estar muy seguro de su éxito.

Su mujer le quitó el pañuelo del bolsillo, y le preguntó:

—¿Un poco de perfume?...
¿Quiénes estarán allí?

—Los representantes de grandes bancos y los representantes de los países interesados: Ledrantz, por

Prusia; Metternich, por Austria... Quizás consiga el cincuenta por ciento.

—Hoy será el mejor día de tu vida—le dijo su hija alegremente.

—Nadie puede luchar con nosotros—exclamó su mujer, gozando del mismo optimismo que su hija, que le había puesto el sombrero a su padre, cuya nerviosidad le hizo preguntar:

—¿Dónde está mi sombrero?

Julia se echó a reír, indicándole que lo tenía puesto, y Natan salió de su casa para presenciar el fallo del concurso.

En la puerta tomó un coche de alquiler y se hizo conducir a Downing Stret. Al llegar allí se apeó y le entregó unas monedas al cochero, que protestó, diciéndole:

—Su hija me da más que eso.

—Es que mi hija tiene un padre rico y yo no—respondió bromeando Natan entrando seguidamente al edificio donde se iba a celebrar el fallo.

Allí se encontró con el Duque de Wellington, a quien preguntó:

—¿Llego tarde?

—No — le respondió—. Todavía están reunidos.

Natan se sentó junto al Duque, quien le dió varias veces con el codo indicándole que se descubriese, puesto que ni siquiera se había da-

do cuenta el judío de que permanecía cubierto en la sala.

Se quitó el sombrero, y al cabo de unos minutos se presentaron los que debían fallar el concurso, entre los cuales estaba el conde de Ledrantz, y el que los presidía exclamó:

—Señores... Se han examinado los pligos del empréstito de 450 millones... La mayor historia de las finanzas europeas han sido hechas por los siguientes bancos: Lafitte y Compañía, de París; Geymuller, de Viena; Bertran de Lis, de Madrid, y Baring y Compañía, de Londres..

Natan prestaba gran atención a las palabras del presidente, esperando que su nombre fuese dicho, pero con gran extrañeza suya oyó que el presidente seguía diciendo:

—Este comité decide que la mejor oferta es la de Baring y Compañía, de Londres... a quienes se concede tres cuartos de la emisión a 71.

Natan no pudo contenerse. Se levantó de su asiento, y dirigiéndose al presidente, le dijo:

—Está usted equivocado. Me veo obligado a decir que hay sin duda un error.

—La decisión nuestra es la que he manifestado—respondió el otro.

—Pero mi propuesta era superior en un punto—volvió a decir Natan—. ¿Por qué no ha sido con-



- Venirá para hacer
negocios.



Cuando Julia Roth-
schild tenía 17 años.



Se dió cuenta de la
angustia de su hijo.



Julia Rothschild, unta
a su belleza, su
cendor.



- Tengo un gran honor.



La estrechó en sus brazos y la abrazó.



Su propuesta no ha
sido considerada.



La abrazó dulcemente



- Así trataron a Julia
en ese mundo.



- Nada evitará nues-
tro casamiento.



El duque de Wellington
besaba con respeto
la mano de Julia.



Se abrazó a su novio



- El dinero es nuestra
única fuerza.



- Le amo, padre mío.



Inglaterra os muestra
su agradecimiento.



Eran, al fin, felices.

siderada?

El presidente comprendía que tenía razón aquel hombre, y no sabiendo qué responder, le dijo:

—Quizá el conde Ledrantz podrá explicarle el motivo.

Natán se dirigió a él y le hizo la misma pregunta. El conde Ledrantz, sin inmutarse, le respondió tranquilamente:

—Su propuesta no ha sido considerada por razones de «técnicas»...

—¿Y qué quiero decir con eso? —preguntó Natán, que no comprendía lo que quería expresar aquella palabra de «técnicas».

El conde Ledrantz se quedó mirándole fijamente, y exclamó, para que Natán se diera cuenta de lo que había motivado el que fuera desechada su proposición:

—Puede interpretarlo como quiera...

Entonces fué cuando se dió cuenta Natán de la verdadera razón y exclamó indignado:

—¿Ha sido rechazada mi oferta porque soy judío?

—Eso... más o menos—respondió con gran frialdad Ledrantz.

Natán, ante aquel ataque que se le hacía, se volvió hacia los otros que formaban el comité y les dijo:

—Ya que el conde Ledrantz ha confesado con franqueza la razón de nuestra exclusión, me aventuro

a decirle que esos ataques a mi raza son necios e inútiles. Puede una y otra y mil veces golpear... Y caerá un judío y otro y mil... Pero la raza sobrevive, pues desgraciadamente para su excelencia, somos indudablemente eternos...

Ninguno se atrevió a responder a aquellas palabras que no dejaban de encerrar una amenaza y Natán siguió diciéndoles:

—Dijo usted que Boring tomaba tres cuartos del empréstito... ¿Quién toma el otro?

—Ledrantz, Metternich y Telleyrand—le respondió el que actuaba de presidente de aquel comité.

Natán se quedó mirando despectivamente a Ledrantz y exclamó:

—Ya comprendo... Una reunión de familia.

Ledrantz, ante la audacia del judío, no pudo contenerse y empleando el tono más despectivo que tuvo le respondió:

—Se le acabó la suerte... señor Rothschild.

—Todavía no hemos llegado a lo último—respondió Rothschild, poniéndose el sombrero y saliendo de allí.

Sentía una gran opresión moral al pensar el desaire que se le había hecho, precisamente a él que había salvado a los países aliados con su dinero, a él que había prestado tantas

veces como habían solicitado su ayuda. Comprendía que toda la culpa era del conde, cuyo odio a los judíos era inextinguible. Pero ¿y los otros? ¿Qué podían achacar los otros? Indudablemente el odio a la raza judía era general, no había más que ver la poca importancia que le daban. Aquello que había dicho él que el mundo cambiaba era un gran tontería. El mundo seguía igual, puesto que igual seguía también el odio hacia su raza.

Entró a su casa pensativo, sin aquella alegría que era tan natural en él cuando volvía de algún negocio y su hija corrió a abrazarlo, preguntándole:

—¿Cómo ha quedado la casa Rothschild?

Su mujer al ver el aspecto de Natán comprendió que algo grave debía ocurrirle y no quiso intervenir hasta que él hablara. A la pregunta de su hija respondió:

—Nos arrojan otras piedras y quizás una de ellas te toque a ti, Julia.

La muchacha palideció al oír aquella respuesta y fué tal la emoción que sintió que no supo qué decir. Su padre siguió diciéndoles:

—Vengo de una reunión de gente de la clase de tu capitán y nos repudian porque somos judíos.

La palidez del rostro de Julia se acentuó más. Su corazón le hacía

presentir el temporal que se avecinaba para sus amores y bajó la vista al suelo, mientras su padre le decía con un tono de energía que jamás había visto ella en él:

—No quiero que le veas más. Prométeme que lo alejarás de tu lado.

Pero Julia no se sentía capaz de aquel sacrificio. Amaba demasiado al capitán para poderle prometer a su padre lo que le podía y respondió débilmente, pero con firme entereza:

—No puedo.

—¿Me desobedeces? — preguntó Natán, extrañado de la respuesta de su hija.

—Es la primera vez que lo hago en la vida — replicó la joven —. Tú has luchado siempre por lo que querías... Yo también lucharé.

—Pero, ¿sabes tú lo que ha durado esa lucha? — le dijo su padre —. Ha sido una lucha de 2.000 años.

—Pero tú mismo me has dicho que cambian las cosas, que el mundo es ya diferente...

—Pues dije una tontería — exclamó Natán —. La más grande que se puede decir.

Su esposa que hasta entonces no había intervenido en la conversación, preguntó, para saber el motivo de aquella actitud:

—Pero, ¿qué ha ocurrido?

—Sencillamente que mi propuesta

ha sido desechada... porque soy judío.

—¿Y por eso quieres hacer sufrir a Julia?—preguntó su madre, que ante todo antepone su amor maternal.

—Claro que sí, lo que quiero es evitarle ese sufrimiento. Así tratarían a Julia si estuviese en ese mundo.

—Pero no debes arruinar sus vidas

—insistió su esposa, defendiendo en todo lo posible a Julia, contra la actitud de Natán. Este miró a su mujer fijamente y luego, como quien no admite réplica alguna, exclamó:

—Basta... No quiero que se vean más.

Y marchando a su despacho dejó a su hija y a su mujer solas, pensando únicamente en la ofensa que acababan de hacerle.

LOS PLANES DE ROTHSCHILD

Durante algún tiempo no hizo otra cosa que pasear por su despacho. En su cerebro iban sucediéndose las ideas, nuevamente iba recobrando la calma y con ella la lucidez necesaria para pensar.

Se iba dando cuenta de que aun tenía en sus manos a sus enemigos, aun podía jugar con ellos a su gusto y placer y una idea maquiavélica se apoderó de él, haciéndole sonreír interiormente.

Se detuvo en uno de sus paseos para ver quien era el que se atrevía a interrumpirlo y se abrió la puerta, apareciendo su fiel empleado, que se acercó a él y le dijo con verdadero pesar:

—Supe lo ocurrido y vine a expresarle mi sentimiento.

—Gracias — respondió secamente Natán—. Pero si aun le queda sen-

timiento, guárdelo para ellos, que lo necesitarán. ¿No comprende que Ledrantz, Metternich, Talleyrand y los otros toman ese cuarto sin tener un céntimo?

—Pero ganarán millones con el alza.

Natán sonrió y se acercó a su empleado, diciéndole:

—Si usted puede comprar títulos a 60, los pagaré a 74?

—Claro que no — respondió el empleado.

—Pues Baring y esos otros, capitaneados por Ledrantz, han tomado ese empréstito a setenta y uno y van a ofrecerlo al público a setenta y cuatro... Al cuatro por ciento de interés.

El empleado asentía con la cabeza y Natán siguió diciendo:

—Pero existe un empréstito ante-

rior, también al cuatro por ciento, del cual poseemos mucho papel en cartera... Ese papel se cotiza actualmente a setenta y tres... ¿Cree usted que si el público puede comprar papel a setenta y tres comprará el mismo papel a setenta y cuatro?

—Pero es que si ellos hacen subir el papel anterior basta...

—Sé lo que va a decir—le interrumpió Natán—. Cuando el antiguo suba, lanzan el nuevo y el público lo arrebat. Pero, suponga que no hay alza. Suponga que alguien agarrara el globo y no sube, que antes que ellos lo hagan subir, algún otro lo hace bajar... Suponga que a primero de mes, ese que ahora se vende a setenta y tres baja a sesenta y tres? Pues entonces no podrían lanzar el nuevo empréstito a 74 porque nadie compraría y Baring y Ledrantz y su pandilla de bandidos esperarían a que subiera...

El empleado miraba admirado a su jefe y el judío siguió diciéndole:

—Pero, suponga que en vez de subir, siguiera bajando... a 55, a 50, a 49, a 40... No podrían lanzarlo, ¿verdad?... Pues bien, hasta ahí tenemos que bajar.

El empleado comprendió las intenciones de Natán y no pudo menos que sonreír pensando que el ardid no podía ser mejor. Produciendo aquella baja, los adversarios no po-

drían lanzar el papel del nuevo empréstito al mercado y tendrían que acudir a Rothschild, para que evitara la baja.

Desde aquel momento Natán empezó a preparar todo lo necesario para cuando llegara el día preciso y al llegar la fecha, acudió con sus agentes a la Bolsa, donde estaban también sus adversarios.

Estos al ver a Natán, lo miraron sin concederle importancia, pensando en que lo habían vencido y Rothschild siguiendo su costumbre aspiró el perfume de la flor que llevaba en el ojal de la levita, fingiendo que no los había visto.

Empezó la sesión de bolsa y el papel preparado por Natán salió al mercado ofreciéndose a precio bajo. Las primeras noticias desconcertaron algo a sus enemigos, pero no creyeron que el judío continuara aquel plan que podía costarle unos cuantos millones. Sin embargo, Natán no retrocedía y el papel iba bajando rápidamente.

Un agente se le acercó y Natán le ordenó:

—¡Venda!... ¡Venda!

Siguió la oferta de aquel papel y los que se hallaban en la bolsa fijándose en la abundancia de la oferta, exclamaron bromeando:

—Parece que vendán manzanas.

Otro agente se acercó a Natán y le dijo:

—Hemos bajado a 53.

—No le importe, siga vendiendo.

Su empleado se le acercó en aquel instante y le dijo:

—Se está produciendo el pánico.

—Ya lo sé — respondió Natán—.

Mas, al ver que cruzaba Baring algo nervioso, le preguntó tranquilamente a su empleado:

—¿Qué flor es ésta?

—Muy bonita — respondió el empleado, que inmediatamente comprendió a su jefe.

Este cuando volvieron a quedar solos, le dijo a su empleado:

—Le apuesto esta media corona a que Baring me viene a ver en seguida.

Y colocó media corona en una rama de la columna sobre la que estaba recostado, haciendo lo propio su empleado.

Efectivamente. No había pasado cinco minutos cuando vió que Baring se acercaba a él, y le dijo al empleado:

—Ahí viene—. Y recogió la media corona del empleado, pensando que le había ganado en buena lid.

Baring se fué directamente a Natán y le dijo:

—Usted conoce mi situación y sabe que soy yo el responsable de este empréstito. ¿Por qué está haciendo

lo imposible para que yo no pueda colocarlo?

—¿Por qué me excluyeron? — preguntó Natán.

* —He venido a que tratemos de eso... ¿Quiere usted acompañarme donde están mis compañeros?

—Con mucho gusto — respondió irónicamente Rothschild, siguiendo a Baring. Mas, de pronto se volvió a su empleado y le preguntó:

—¿Cuánto nos cuesta esto?

—Cinco millones de libras — respondió el empleado.

—Pues ganaremos diez — exclamó Natán, siguiendo a Baring, que se le había adelantado algunos pasos.

Natán entró en la habitación reservada, donde estaba Ledrantz y sus amigos y el conde empezó diciéndole:

—Le hemos mandado llamar, para hacerle una oferta... El señor Baring está dispuesto a partir sus tres cuartos con usted.

—¿Le satisface esto? — le preguntó Baring.

Rothschild pensó un rato antes de contestar y al fin respondió, preguntando él también:

—¿Y el otro cuarto?

—El otro cuarto es nuestro — exclamó con cierta violencia Ledrantz.

—¿Y podéis pagarlo a 71? — preguntó el judío, mirándolos detenidamente.

El conde se sintió molesto ante aquella pregunta y respondió:

—Nadie está dispuesto a pagar una emisión entera.

—Pero, ¿es que pensaban pagar algo? — preguntó Rothschild—. No. Tomaron ese papel previendo el alza... Todos son ustedes financieramente irresponsables, todos, menos el señor Baring... Sé exactamente el dinero que tienen ustedes y si sigo haciendo bajar el mercado—que puedo hacerlo—quedan todos ustedes arruinados y deshonrados, incluso la banca Baring.

Baring bajó la cabeza. Sabía que era verdad lo que le estaba diciendo el judío, y éste siguió diciéndoles:

—Ahora bien, les salvo con una condición... Que me cedan toda la emisión a 68.

—Imposible—exclamó el conde Ledrantz—. ¿Qué excusa daríamos?

Natán se acercó a él, lo miró fijamente y al fin con todo el ironismo que pudo expresar, le respondió:

—Pues... «la técnica».

Baring, que era el que más tenía que perder, puesto que sabía que en aquella jugada peligraba su prestigio de banquero, fué el primero en aceptar, diciéndole:

—Considero que su oferta es muy generosa, y en nombre de la casa de Baring insisto en aceptar las condiciones del señor Rothschild.

—Aceptado — exclamó Metternick, pensando que detenida de aquella forma la baja, ellos podrían colocar el papel y luego no entregarle a Natán la emisión. Pero éste, que sin duda sabía con quién tenía que entendérselas, sacó un documento que tenía preparado y lo puso sobre la mesa, diciéndoles:

—En este caso firmaréis este contrato.

El conde expresó en una mirada todo el odio que senta hacia el judío y le dijo:

—¿Parece que estáis muy seguras de vuestro triunfo?

—En absoluto — respondió Natán, ofreciéndole la pluma, y diciéndole:

—¿Quiere usted firmar el primero?

El conde Ledrantz dudó antes de firmar. Se veía vencido por el judío y toda su cólera se manifestaba en las miradas que diría a Natán.

Este, a su lado, esperaba que firmase, pero el conde no se decidía a ello. De pronto se abrió la puerta y apareció un agente de Natán, diciéndole:

—Ya están a cuarenta y nueve!

Inmediatamente firmó Ledrantz y arrojando la pluma con la que había puesto su nombre, le dijo a Rothschild rencorosamente:

—Has ganado, judío... Pero ya las pagarás.

LA VENGANZA DEL CONDE LEDRANTZ

Natán no hizo caso a la amenaza del conde. Varias veces le había amenazado, pero sabía el judío que en Londres estaba fuera de su alcance y que nada podía contra él. ¿Qué podría imaginar Natán que él no pudiese contrarrestar?

Su situación era, pues, preferente a la del conde y estaba tranquilo respecto a aquella amenaza.

Sin embargo, aquella vez Ledrantz quiso vengarse, ya que no podía en Natán, en los otros judíos que se hallaban en Francfort y sobre los que podía ejercer alguna autoridad. Sabía el odio que siempre habían tenido «los gentiles» a los judíos y el muy ladino adivinaba que bastaba encender un poco la mecha para que estallara el incendio. Se valdría de al-

gunos de sus incondicionales para propalar noticias falsas en contra de los judíos y eso sería suficiente para que el populacho los hiciese víctimas de su odio.

Y tal como lo pensó lo hizo, y el resultado fué tal y como lo deseaba. A los pocos días de haber ideado este plan, las casas de los judíos eran apodreadas por los «gentiles». Se quejaron los judíos, pero sus lamentos no dieron otro resultado que el de satisfacer la alegría de Ledrantz, que al vengarse en ellos pensaba que estaba vengándose de Natán.

Y lo mismo que hacía Ledrantz en Francfort hacía Metternick en Prusia. Es decir, que dió lugar a una continua persecución de los judíos, quienes culpaban a Natán de haber

vido él quien de aquella forma había suscitado la cólera del conde y de Metternick, con el asunto de su negocio.

Cada día las acusaciones contra Natán eran mayores, cada día las persecuciones eran también más despiadadas y Aschinel Rothschild, uno de los hermanos que quedó en Francfort, creyó prudente llamar a su hermano para que viniese a ver si él podía poner fin a aquel estado de cosas.

Natán recibió una carta de su hermano en Londres, que decía:

Tumultos antijudíos estallan aquí y en toda Prusia. Ven en seguida.
Amachel.

Aquello produjo en Natán un efecto doloroso. Veía que su raza no llegaría nunca a conseguir la dignidad por la que tanto tiempo luchaba y todo el amor que sentía hacia sus hermanos de fe se manifestó más fuerte que nunca en aquella ocasión. Quería estar al lado de ellos y protegerlos con su influencia, aunque pensaba que el conde Ledrantz desoiría sus súplicas. Pero, por tal de salvar a sus hermanos, no le importaba a él tener que humillarse ante su irconciliable enemigo y dispuesto a todo llamó a sus familiares y les dijo:

—Nos vamos a Francfort.

Julia miró a su padre con verdadera inquietud. Creía que aquella actitud se debía al deseo de alejarla de su novio y tímidamente le preguntó:

—¿Por qué este viaje tan precipitado?

—Porque los «gentiles» están maltratando a nuestros hermanos—le dijo su padre—. Es preciso que yo esté allí. Todos me acusan de tener yo la culpa de lo que les sucede.

—¿Qué tú tienes la culpa? — le preguntó su esposa, extrañada—. ¿Quién ha podido pensar eso?

—Ellos — exclamó su marido—. Se ha sabido el asunto de la emisión y creen que lo de Ledrantz y Metternick es solamente una venganza... Pero si es así, yo sabré aplacarlos, haciendo todo lo que quieran.

Julia apenas tuvo tiempo de avisar al capitán de su precipitado viaje. A pesar de la prohibición de su padre, seguía viendo siempre que podía al capitán y seguía amándole con igual pasión que siempre.

El capitán se mostraba con ella tan rendidamente enamorado, tan galante, hablaba de los suyos con tal cariño, que Julia comprendía que era una injusticia el comparar a su capitán con los demás.

Aquel mismo día, conforme había dispuesto Natán, los tres miembros de la casa Rothschild salieron para Francfort, iban en una carroza de

la época y tenían que hacer el viaje desde el primer puerto europeo hasta Francfort en aquel medio.

Cuando llegaron al Ghetto, Natán pudo comprobar que cuanto le había dicho su hermano era desgraciadamente cierto. La multitud apedreaba las casas de los judíos y éstos, atemorizados, apenas si se atrevían a salir de sus moradas. Cuando alguno de ellos lo hacían, los «gentiles» se lanzaban en su persecución y tenía que resguardarse inmediatamente en la primera casa que encontraban para evitar que los lynchasen.

Aquella actitud contra los judíos, produjo en la madre de Natán, que seguía viviendo en el Ghetto, un estado de nerviosidad extraordinaria. Sus hijos la cuidaban como si fuera una criatura y la anciana vivía feliz viéndose rodeada de todas las comodidades imaginables y de aquella profunda veneración que sus cinco hijos le demostraban.

Los otros hermanos, enterados de lo que pasaba en Francfort, también se habían apresurado a ir y todos rodeaban a su madre, mientras el médico le recetaba una medicina para calmar su estado nervioso. Pero ella, sin creer en nada de lo que le decía el médico, se reía de sus palabras y le decía bromeando a Natán:

—Estos médicos no sirven para nada, Natán.

—El médico hace lo que puede— respondió el facultativo—. Usted tiene 86 años y debe cuidarse. Yo no la puedo rejuvenecer.

La anciana rió alegremente y le respondió:

—Si yo no quiero eso. Lo que quiero es que consiga hacerse vieja, que pueda tener muchos años.

—Pero debes de salir de aquí—le aconsejó Natán—. Quizás en otro país con otro clima, estarías mejor.

La anciana se negó rotundamente, diciéndole:

—Aquí nací y aquí moriré. ¿Tú sabes de negocio, verdad? Pues entonces piensa que Dios no va a tomarme a 86 pudiéndome tomar a 100.

Todos se echaron a reír de la ocurrencia de la anciana, mientras que en la calle los gritos contra los judíos seguían siendo cada vez más fuertes.

Pasaron dos días y aquella persecución no parecía terminar. Julia, por su parte, sentía más fuerte el dolor que le producía todo aquello, puesto que pensaba que la iba separando de su novio. La anciana advirtió que algo le ocurría a Julia y preocupada por lo que le pudiera pasar a su nieta, le preguntó a Natán:

—¿Qué le pasa a tu hija?

—Sencillamente que ya tiene edad de buscar marido — le dijo riendo Natán.

—Bien pensado — exclamó la an-

ciana—. ¿Qué te parece uno de los Goldschmit?

Natán meneó negativamente la cabeza y le respondió:

—No lo admitiría. Ella quiere hacer su gusto.

La anciana sonrió. Cuanto hacía o pensaba su nieta le parecía admirable y exclamó:

—Hace bien, con ello demuestra que no es tonta.

Mientras tanto, el capitán Fitzory, inquieto por las noticias que tenía de Francfort y temiendo que a su amada pudiera ocurrirle alguna desgracia, había pedido permiso a Lord Wellington para ir a verla y se había puesto en camino.

Después de una marcha precipitada, con la inquietud propia del que ve en peligro al ser amado, entró una tarde en el Ghetto y preguntó a un gentil que encontró a su paso:

—¿Cuál es la casa de los Rothschild?

El individuo a quien preguntó, cogió una piedra del suelo y arrojándola contra los ventanales de la casa de Rothschild, exclamó:

—Esa.

Y echó a correr sin esperar la respuesta del capitán. Este meditó sobre el acto de aquel individuo y pensó que los judíos tenían sobrados motivos para odiar a los de su raza que

sin causa justificada los trataban de aquella forma.

Mas, el pensamiento de su amada llenaba por completo y entró decidido a la casa de los Rothschild. Tuvo la suerte de ver antes que a nadie a Julia y los dos enamorados se abrazaron apasionadamente. Julia era un buen ejemplo de la raza judía. Su tenacidad era mucho mayor que su miedo a su padre, y como ella misma le había dicho, estaba dispuesta a luchar por su amor hasta conseguirlo.

Durante unos segundos estuvieron los dos abrazados, hasta que el capitán le preguntó:

—¿Qué ocurre?... ¿Por qué te has ido tan aprisa, sin verme siquiera?

—Mi padre no me dio tiempo a ello—respondió Julia—. ¿Es cierto que te dijo que no me vieras más?

—Sí—respondió el capitán—. Esa misma orden te la dió a ti también.

—Pero yo le dije que procuraría hacerlo, pero sin prometerle nada—respondió Julia, abrazándose nuevamente a él.

El la separó dulcemente y recreándose en la belleza de aquel rostro, exclamó con infinita pasión:

—Deja que te mire... Si supieras cuántas ganas tenía de verte, de estar a tu lado...

—¿Y cómo has podido venir?—preguntó ella.

—El duque me dió permiso, quedó

extrañado cuando le dije que estaba aquí, o sabía que tu padre hubiera salido de Londres.

—¿Y qué piensas hacer ahora?— preguntó Julia, temiendo que su padre advirtiera la presencia del capitán.

—Hablarle. Necesito verle para decirle que no es justo lo que está haciendo con nosotros. Yo te amo por encima de todas las razas.

Sacó un anillo que llevaba consigo y como la mayor prueba de cariño que podía ofrecerle se lo entregó, diciéndole:

—Toma este anillo... Fué de mi madre y es el recuerdo más querido que tengo de ella.

Julia lo cogió emocionada y se lo colocó en el dedo, al mismo tiempo que aparecía su padre. Al ver los dos jóvenes juntos, miró severamente al capitán, sintiendo interiormente todo el odio que tenía hacia los que de aquella forma trataban a los de su raza. Sin querer ocultar sus sentimientos, se acercó al grupo de los dos jóvenes, y Julia se adelantó a él, diciéndole:

—Papá, el capitán acaba de llegar.

—En efecto — respondió el capitán —. He sabido que Julia estaba en peligro y he venido a estar a su lado.

Natán, ni siquiera respondió al ca-

pitán y mirando enérgicamente a su hija, le dijo:

—Haz el favor de dejarnos solos.

No obstante, Julia no obedeció. Tenía miedo de lo que su padre pudiera decir al capitán, y respondió:

—Quiero oír lo que vas a decirle:

Natán, sin preocuparse ya de la presencia de su hija, se dirigió al capitán y le dijo enérgicamente:

—¡Yo quiero que se cumplan mis órdenes!

El capitán le interrumpió, diciéndole:

—No tiene usted derecho a evitar que Julia sea feliz.

Rothschild sonrió irónicamente y le respondió:

—No tenemos la misma idea de la felicidad... Capitán Fitzory... Dudo que haya en Londres quien me considere un sentimental... Y lo he sido con usted... Pero tengo cierto sentido común, que a veces me salva...

—¿Qué quiere decir? — preguntó el capitán, con gran extrañeza.

—Digo que sus atenciones para con mi hija deben terminar.

—¿Por qué? — preguntó Fitzory.

—Porque usted no es de nuestra raza, usted es distinto a nosotros.

Aquellas palabras fueron las que más extrañeza produjeron al capitán que no pudo menos que exclamar:

—Eso mismo debió decirme hace tiempo.

—No pude prever todo lo que está ocurriendo—respondió Natán—. Pásele por este harrio y verá los judíos asesinados, por los hombres de su raza, por el único delito de ser judíos.

El capitán no podía avenirse a aquellas razones. El anteponía a todo el amor que sentía por Julia y le dijo:

—Usted perdone, pero yo amo a Julia.

—Pero Julia no se casará sin mi consentimiento. Hemos terminado, capitán.

Este salió de la casa de Natán y Julia corrió hasta la puerta, donde volvió a abrazarse a él, diciéndole:

—Yo te amaré siempre.

—Y yo, Julia, conseguiré que tu padre dé su consentimiento. No podemos admitir sus prejuicios en contra de una u otra raza.

Y ante el temor de que pudiera salir su padre y los volviera a sorprender, el capitán partió de allí, dispuesto a volver al día siguiente:

Seguía la venganza de Ledrantz surtiendo sus efectos y sus hermanos le dijeron, en una ocasión en que estaban reunidos.

—Los judíos de Prusia dicen que esto es resultado de tu disputa con Ledrantz.

—Tonterías—exclamó la madre de los Rothschild—. Ellos saben

todo lo que Natán ha hecho por los judíos.

—Sí, pero los agentes de Ledrantz trabajan.

Natán se paseaba nervioso por la habitación de la antigua casa, donde había nacido y de pronto se encaró con sus hermanos diciéndoles:

—El dinero es nuestra única fuerza y con Napoleón desterrado, Ledrantz y los aliados no nos necesitan.

Los otros hermanos comprendían la razón de Natán y ninguno se atrevió a hacer el menor comentario. Siguió un momento de profundo silencio y Natán siguió diciendo:

—Hemos trabajado por la paz de Europa y con la paz perderemos nuestro poder.

Su madre ante las palabras de su hijo, le interrumpió diciéndole:

—Es preciso que hagáis algo. Anoche quemaron la casa de Levy y ya habrían quemado ésta si no me tuvieran miedo... Di a esos reyes y ministros, a quienes prestas, que si no paran esto, les cierras la bolsa.

Pero Natán no sabía qué hacer. Le parecía muy difícil poder solucionar aquel conflicto, puesto que no se trataba de una cuestión de dinero. Era un sentimiento de odio el que había que ahogar y esto resultaba más difícil en aquella oca-

sión. Por fin, decidido a todo antes de que continuara la matanza de judíos, exclamó:

—Si supiera que Ledrantz iba a escucharme, que iba a acabar con esto, iría a verlo, pero...

—No te preocupes, Natán—le dijo un hermano cariñosamente—. El Señor no nos abandonará...

—Si tuvieras un medio de manejar a Ledrantz—le dijo otro hermano,

—Por el bien del pueblo judío, creo que debías ir—le aconsejó el hermano que vivía en Francfort.

—Iré—exclamó decidido Natán. —Ese hombre debe tener un precio... Sea el que fuere, lo pagaré...

Al mismo tiempo que en la casa de los Rothschild éstos se preocupaban por lo que les estaba ocurriendo a sus hermanos de raza, Ledrantz reunido con sus amigos, se hallaba jugando una partida de naipes y exclamó, viendo que ganaba:

—Os hago pagar el vino.

—¡Qué suerte, Excelencia! —le dijo uno en tono adulator.

En aquel momento se presentó un coronel y Ledrantz al verlo le preguntó:

—¿Hay novedades coronel?

—El barrio judío en Italia está incendiado y sus habitantes cruzan a millares la frontera. También aquí

huyen despavoridos... La guardia cívica evitó una seria matanza...

—¿Y quién mandaba esa guardia?—preguntó molesto Ledrantz.

—El alcalde, Excelencia—respondió el coronel—pero ya no lo hará más. Le expliqué la campaña de su Excelencia y me prometió permanecer inactivo.

Ledrantz se frotó las manos alegremente y el coronel siguió diciéndole:

—Tengo otra gran noticia que daros... Natán Rothschild está en Francfort.

Ledrantz se levantó de un salto. Aquella noticia era en verdad excelente, ya que su enemigo había venido, él mismo, a ponerse a su alcance. Sin poder disimular el regocijo que aquella noticia le causaba, exclamó:

—Si intenta marcharse, deténgalo en la frontera y tráigalo aquí.

Natán decidido a terminar de una vez aquel asunto, sin preocuparle lo que tendría que pagar por él, le dijo a su hermano.

—Voy a ver ahora mismo a Ledrantz.

Salieron juntos y en la puerta el judío besó la oración que suele haber en las puertas de todas las casas hebreas y le dijo a Amshel:

—Te prometo que no volveré sin un acuerdo de Ledrantz de acabar

con esta matanza... cueste lo que cueste...

Ya estaba a punto de subir al carruaje que había de conducirlo a casa de Ledrantz, cuando un criado corrió a detenerlo diciéndole, a la vez que le entregaba un trozo de papel:

—Acabamos de recibir este mensaje.

Natán abrió el papel y leyó su contenido que decía:

—[Napoleón evadido de la isla de Elba]

Un rayo de alegría iluminó el rostro de los hermanos y Amschel le dijo:

—Ahora ya puedes ir tranquilo a ver a Ledrantz.

Su hermano volvió a entrar nuevamente en su casa y exclamó:

—No, ahora será él el que vendrá a verme. Esperémosle.

Pero si la situación mejoraba para algunos, para otros se hacía difícil. Carlos, Salomón, Amschel y Chalom Rothschild que se hallaban en el centro de Europa, como aquel dice, estaban en medio de la hoguera de la guerra y así se lo hizo saber este último a su hermano Natán diciéndole:

—Tú tienes, en Inglaterra el mar de por medio, pero nosotros no. Y con Napoleón suelto, nuestra situación es intolerable... Napoleón

estará en París dentro de una semana... Tendrá que pagar sus tropas y si no le prestan dinero se lo tomará a la fuerza... En Lyon me hizo la otra vez la siguiente proposición. Que nosotros lanzáramos un empréstito de 450 millones que él garantizaba y para los futuros ofrecía un interés doble que el de sus enemigos.

—Creo que no podemos dudar ni un momento —indicó Carlos Rothschild.

—Si no ayudamos a Napoleón perdemos grandes sumas—intervino otro de los hermanos.

—Además—volvió a decir Carlos—se hundirían nuestras casas de banca. Hay que ponerse del lado de Napoleón... Los aliados están sometidos al poder de un tirano de Austria...

Natán oía a sus hermanos y cuando aquellos hubieron expuesto, cada uno su opinión comenzó él diciéndoles:

—Mamá dijo que siguen dándonos puntapiés y es verdad. Durante veinticinco años hemos ayudado a los aliados y, aparte los beneficios materiales, como judíos estamos exactamente igual que empezamos: en el barrio judío, bajo el yugo de las cadenas. Estoy de acuerdo con vosotros, pero, a pesar de todo, hemos de luchar contra Napoleón,

—¿Por qué?—preguntó uno de los hermanos que no comprendía qué razón podría impulsar a Natán a tomar aquella determinación.

—Pues... porque... porque somos los Rothchild, porque somos algo más que cinco judíos ricos que esperan enriquecerse más... Hasta que Napoleón no desaparezca, para siempre, no habrá paz en Europa, ni para los judíos, ni para los que no lo son... Hemos de tregarnos nuestro orgullo y nuestro sentimiento. Hemos de luchar contra cualquier impulso egoísta y hacer lo que es justo para el mundo.

Los demás hermanos callaban, ante la energía de Natán. El era el que siempre decidía en último

término y Natán siguió diciéndoles:

—No podemos ir del brazo de Napoleón, sembrando la guerra años y años. Tenemos recursos para que Europa se convierta en un enorme matadero y los judíos seguirían siendo prestamistas de vidas y sangre, pero no debemos hacerlo... Debemos estar, como hemos estado siempre, por la paz y no por la guerra y, si nos hundimos todos, nos hundiremos con honor. No mancharemos de vergüenza nuestro nombre.

Su madre, conmovida por las palabras de su hijo, lo abrazó enterrecida, diciéndole:

—Hijo mío... Así habría hablado tu padre... Tienes razón... Estoy conforme contigo.

LA VICTORIA DE NATAN

No tardó en conocerse en Frankfurt la noticia de la evasión de Napoleón y el peligro que corrían las naciones aliadas era aún mayor que antes. Se sabía que Napoleón había conseguido reunir un considerable ejército y se temía lo que pudiera hacer.

Pero los aliados se hallaban faltos de dinero, necesitaban nuevos préstamos y nadie podía hacérselos más que la banca Rothschild.

Para tratar de este asunto, Metternick, Baring y Ledrantz se reunieron para ir juntos a solicitar de Natán el dinero que les hacía falta para hacer frente al avance de Napoleón.

El mismo capitán Fitzory fué el que los condujo a la casa de Rothschild y éste al verlos llegar les dijo a sus hermanos.

—Los filisteos vienen a nosotros.

Cuando entraron, Natán como si nada supiera les ofreció asiento y les preguntó fingiendo extrañeza:

—¿Cómo han encontrado nuestra casa?

—El capitán Fitzory nos ha acompañado—respondió Metternick.

Julia al oír el nombre de su amado, sospechó que estaría en la puerta y se deslizó silenciosamente para ir a su encuentro.

Natán les presentó a su madre y la anciana les dijo cariñosamente:

—Bienvenidos sean al Getto.

—¿Esperaba nuestra visita?—preguntó Metternick a Natán.

Este asintió con la cabeza y el otro volvió a decirle:

—¿Entonces sabe por qué venimos?

—No conozco exactamente la

cantidad—respondió Natán, haciéndoles ver que de su visita no podía esperar otra cosa que una demanda de dinero.

—Venimos en nombre de Wellington y de los aliados—le dijo Ledrantz.

—Entonces—respondió Natán, indicando a sus hermanos—mis hermanos deben estar presentes.

—Tenemos necesidad de usted—le dijo Baring—. Wellington nos ha recomendado que le visitemos.

—Es extraño—respondió Natán—porque me acuerdo que una vez oí decir al Lord, que un general debe saber retirarse a tiempo.

Aquella contestación demostraba cierta hostilidad hacia ellos y los tres comisionados no pudieron ocultar la incertidumbre que les producía, por lo que exclamaron:

—Los aliados necesitan dinero... y vosotros ganaréis vuestro interés...

—¿Está usted seguro?—respondió Natán.

—Francia está en manos de Napoleón—le dijo otro hermano Rothschild.

—¿Por qué no veis a otros banqueros?—volvió a decirles Natán.

—Porque no tienen capital—les confesó Metternick.

—O no quieren correr riesgo de perderlo—terminó diciendo Natán. Ledrantz molesto por las diatri-

bas que le daba Rothschild, exclamó:

—En los negocios siempre hay riesgos.

—Por eso nosotros no queremos correrlo. Nosotros queremos seguridad. En fin, es inútil prolongar la reunión. Como le he dicho, nosotros somos prestamistas y no filántropos. Hemos de ganar.

—¿Qué queréis decir con eso?—preguntó intranquilo Metternick.

—Sencillamente que Napoleón nos ofrece el doble que los aliados y hemos decidido aceptar su oferta.

—Pero, ¿de dónde sacará Napoleón su dinero?

Eso no es asunto nuestro—respondió Natán tranquilamente.

Metternick se levantó algo incomodado y exclamó:

—Creía que usted deseaba la paz.

—Durante veinte años he luchado por ella—respondió Natán, mirando al Cielo, como implorando su protección.

—¿Y ahora?—preguntó Metternick.

—Ahora quiero la paz para mi pueblo—siguió diciéndole Natán.

—¿Los judíos?—preguntó despectivamente Ledrantz.

—Sí, para los judíos—le dijo Natán—. Napoleón nos lo ha prometido.

—¿Y es por eso por lo que abandona a los aliados?—preguntó Baring.

—¿Y si nosotros os concedemos esa libertad?—preguntó Metternick.
—¿Cuál sería vuestro sacrificio financiero?

Natán se volvió a sus hermanos y les preguntó antes de responder a aquella pregunta:

—¿Puedo hablar en vuestro nombre?

—Lo que tú hagas está bien hecho—respondieron los demás hermanos.

—Gracias—respondió a su vez Natán.

Y volviéndose a los emisarios les dijo:

—Queremos un convenio, firmado y garantizado por vuestros gobiernos, dando a nuestro pueblo absoluta libertad... Ese convenio debe abolir las cadenas y conceder el derecho a comerciar... poseer tierras... vivir con respeto... y andar por el mundo con dignidad.

Ledrantz al ver lo que pedían, no creyó oportuno concedérselo. A

pesar de la necesidad que tenía de llegar a un convenio con el judío, era tal el odio que sentía hacia esta raza, que respondió:

—Consultaremos a nuestros Gobiernos.

—El Gobierno lo sois vosotros—les dijo Natán—. Nadie os discutirá lo que hagáis. Con que ya lo saben, señores, al firmarse ese convenio todos los recursos de la casa Rothschild serán vuestros... Pero no antes.

Ledrantz se levantó sin duda para rechazar la proposición del judío, pero Baring que reconocía que era bien poco lo que pedía, para lo mucho que daba exclamó:

—Aceptamos.

Y ante la mirada de Ledrantz le hizo una indicación como diciéndole que no había más remedio que aceptar, si querían salvar al país de la ruina.

Y de esta forma quedó concedida la libertad del pueblo judío, de aquel pueblo que tan mal había sido tratado y que por fin conseguía el respeto de todos los demás.

MOMENTOS DE ANGUSTIA

La mayor alegría que podía haber tenido en su vida Natán Rothschild la tuvo aquel día al conseguir la libertad de su pueblo. Ya no miraba a los gentiles como de otras razas ya consideraba a todos los hombres hermanos y a su alegría se unía también el pensamiento que iba a luchar por la paz de Europa y ahorrar con su dinero el derramamiento inútil de sangre y el sacrificio de muchas vidas.

Con la precipitación que los sucesos requerían, Rothschild dió órdenes a sus hermanos para que cada uno fuese a ocupar su puesto en los distintos países y él, con su familia, tomó el carruaje que tenía preparado para trasladarse inmediatamente a Londres.

Julia supo la alegría de su padre

y la suya fué mayor aún. Aquel convenio no era solamente la liberación de los judíos, era también la libertad de su amor. Estaba segura que desde aquel momento su padre no se opondría a sus amores con el capitán y cuando salió Natán y vió a su hija con Fitzory, le dijo:

—¿Qué hacéis aquí, capitán?

—Estoy aquí por orden del Duque de Wellington.

—¿Nada más que por eso?— preguntó bromeando Natán.

Julia adivinó el instante propicio para comprometerse con el capitán y le dijo rápidamente:

—Dame el anillo.

Fitzory no se hizo repetir dos veces el deseo de la joven, se quitó el anillo, que había sido de su madre y lo puso en el dedo de la joven.

que lo besó amorosamente, subiendo después al carruaje donde ya estaba su padre, que le dijo al capitán:

—Capitán, ojalá la guerra no sea llevada tan románticamente... No le doy a Napoleón más de cien días... Si al cabo de ese tiempo aun está vivo, puede venir a hablarme a Londres.

—Contaré los días, señor Rothschild —respondió el capitán saludando militarmente, mientras que el coche emprendía su marcha.

Rápidamente cruzaron los pasajeros la calle de la judería y al pasar por donde estaban las cadenas Natán las miró con rabia. Aquellas cadenas ya no volverían a cerrarse más para impedir el paso de sus hermanos. Ya no serían una raza apartada de las otras por un odio que no debió nunca existir. Ya todos eran hermanos, eran hombres y podía entenderse entre ellos con la dignidad que da la libertad conseguida.

Pasaron varios días y las noticias del campo de batalla no eran nada tranquilizadoras para los aliados. Napoleón avanzaba con sus tropas e iba obteniendo diariamente victorias. Natán entre tanto cedía millones y más millones a los aliados, y toda su alma, mejor dicho, toda su vida estaba pendiente de aquella

contienda que podía arruinarlo completamente o hacerlo célebre en la historia del mundo.

Los periódicos en grandes titulares daban los partes de la guerra y noticias de Napoleón en la siguiente forma:

Londres, 22 de marzo de 1815.
—**Napoleón llega a París reuniendo un gran ejército. El rey Luis huye de la capital.**

Días después aparecía en los mismos diarios:

Toda Europa movilizada. Los aliados acuerdan aportar 150.000 hombres cada uno.

Seguía la prensa diciendo semanas después:

Napoleón victorioso en su primera gran ofensiva.

La angustia iba apoderándose de los corazones. Los aliados veían que todos sus esfuerzos parecían imposibles para vencer a Napoleón y los que se hallaban fuera de los campos de batalla leían con terror los diarios que seguían comunicando cada vez más victorias de Napoleón.

Los países aliados veían que poco a poco el público iba perdiendo la confianza en ellos. Sus valores disminuían en precio hasta que llegó un momento en que los periódicos a grandes titulares anunciaron:

Londres, 30 de junio de 1815.—

Inglaterra aterrorizada. Pánico en la Bolsa.

«Corren rumores de que la Bolsa cerrará hoy, pues una nueva victoria de Napoleón provoca otra vez el pánico.»

Rothschild había leído aquella desagradable noticia y se hallaba encerrado en su despacho, sintiendo las responsabilidades que él había contraído. Su empleado entró a dar cuenta de los rumores que corrían y le dijo:

—La Bolsa no abre hoy, según dicen.

Natán lo miró fijamente y como queriendo expresar en sus palabras todo el miedo que experimentaba a la sesión de aquel día en la Bolsa le respondió:

—Ojalá fuese así, pero abrirá, como siempre.

Salió el empleado y Natán, según era su costumbre, cada vez que tenía que resolver algún asunto importante, empezó a pasearse por la habitación. De pronto se abrió la puerta y apareció su mujer que sospecha lo que estaba ocurriendo. Antes de que ella pudiera preguntarle nada, Rothschild la hizo sentar junto a su mesa y sentándose frente a ella le dijo:

—Ana, cuando un hombre es muy rico tiene grandes responsabi-

lidades... Responsabilidades morales...

Calló antes de decirle lo que pensaba. Le costaba trabajo llegar al final de aquella conversación, pero como era necesario hacerlo, hizo un esfuerzo sobre su misma voluntad y continuó:

—¿Podrías aguantar una vida pobre?

—¿Por qué me preguntas eso? —inquirió ella algo extrañada.

—Te lo pregunto ahora, porque esta noche podría ser tarde. Quiero salvar el crédito de Inglaterra y las cosas se presentan mal... ¿Qué me aconsejas?

Su esposa lo miró cariñosamente. ¿Qué podría ella aconsejar a aquel hombre que había sido para ella la bondad personificada? Sabía que él no se apartaría nunca del camino recto de su vida y le respondió:

—Haz lo que te mande tu conciencia.

Natán sonrió contento. Esperaba aquella respuesta de su esposa y le satisfizo grandemente.

Algunas horas después, Natán se preparaba para la lucha que había de sostener en la Bolsa. Preveía que la sesión de aquel día iba a ser horrenda para él. Sabía de antemano que Napoleón iba venciendo, pero no quería dejar que el crédito de

Inglaterra se perdiese y estaba dispuesto a comprar todo el papel que saliera al mercado. Con estas instrucciones salieron sus agentes y pocos después, él mismo, en el hall de su casa se despedía de su mujer y le decía, tranquilamente:

—Con tu amor y una flor en el ojal, seré el hombre más rico del mundo.

Su mujer le colocó una flor en el ojal y Julia llegó en aquel instante diciéndole:

—Papá, Rowerth trae un mensaje.

En efecto, inmediatamente se presentó su empleado con un mensaje enviado por medio de una paloma mensajera, desde París y Natán leyó el contenido del mismo que decía:

«Napoleón lanza todo su ejército contra Wellington. James.»

Julia cuando supo la noticia, le dijo a su padre:

—Papá le diste cien días a Napoleón y hoy es el último.

Natán suspiró tristemente y le dijo a su hija:

—Quizá mi plazo no se cumpla, pero no te apures, que un mensaje de amor siempre encuentra camino para llegar a su destino.

Besó a su esposa y a su hija y salió con dirección a la Bolsa.

Apenas llegó a ella advirtió que

el pánico se iniciaba ya. Las ofertas eran cada vez mayores y excepto los agentes de Rothschild nadie se atrevía a comprar. Todo aquel que tenía algún papel lo sacaba a la venta temiendo llegar tarde. Estaban seguros de que Napoleón vencería a Wellington, que el triunfo sería rotundo y que, por lo tanto, el crédito de los países aliados caería por los suelos.

Natán recostado sobre una columna de la Bolsa oía como iban ofreciendo título y como sus agentes los iban comprando. Aquello parecía una locura. Una fiebre se había apoderado de los vendedores y los millones de Rothschild parecía que iban a ser pocos para cubrir todo lo que compraba.

Entonces se dió cuenta de que se le había caído la flor que su mujer le puso en el ojal y tuvo el presentimiento de que aquello era un síntoma de que su estrella emperaba a palidecer. Mas a nadie tenía que darle cuenta de su ruina, porque ni sus hermanos ni su esposa le pedirían jamás explicaciones. El era el cerebro que obraba y todos acataban sus órdenes.

Uno de sus agentes se le acercó diciéndole:

—¿Sigo comprando?

—Todo lo que salga al mercado

—le ordenó Natán.

El agente antes de marcharse se atrevió a decirle:

—Es un suicidio... Es una locura... No podemos comprar...

—Sí, compraremos todo lo que sea necesario—respondió tranquilamente Natán—. Yo he hecho un trato y lo sostengo. Compró hasta que quebramos.

En los corrillos de la Bolsa se hacían comentarios respecto a la conducta de Rothschild y nadie se explicaba cómo aquel hombre que tantos aciertos había tenido, se atreviera en aquellas circunstancias a emplear casi todo su capital en la compra de unos valores que dentro de pocas horas no tendrían valor alguno.

Sus agentes, todos judíos como él, se le acercaron y le dijeron:

—Sus hermanos le piden que no haga eso... No debe quebrar la Banca Rothschild.

—Ellos están ciegos—respondió con serenidad Natán—. ¿Qué será de Europa si Inglaterra cae?

—Pero, un hombre solo no puede salvar a una nación—le dijeron.

—Unos luchan dando su vida, yo luchó con la única arma que tengo...

Siguió la lucha empeñada, siguieron ofreciendo papel y siguió Rothschild comprando.

Su agente se le presentó y le dijo:

—Corren rumores de que Wellington ha sido derrotado.

—No lo crea—respondió Rothschild—. Ya lo sabía yo.

Varios de los que continuamente acudían a la Bolsa, al ver a Rothschild se le acercaron preguntándole:

—¿Qué opina usted de los rumores que corren sobre la derrota de Lord Wellington?

—Yo no creo en rumores—respondió secamente Rothschild.

Ya no fueron rumores, si no que en voz alta corrió la noticia de la derrota de Wellington y el pánico fué rotundo en Bolsa.

El que había interrogado a Rothschild le preguntó:

—¿Y ahora qué hará usted?

—¿Qué es lo que haré ahora?... Ya lo verá.

Y gritando para que todo el mundo lo oyese exclamó:

—Yo compro todo lo que salga al mercado... Es necesario que lo sepa todo Londres... ¡Compró!...

Un empleado de su casa llegó en aquel momento donde él estaba y le entregó un papel con un objeto envuelto y le dijo:

—Su esposa le envía esto.

—¿Vino ella misma?—preguntó Rothschild.

—Sí, señas—respondió el otro.

Rothschild abrió el papel y encontró la flor que se le había caído.

Aquello le dió nuevos ánimos y entonces se fijó que en el papel donde le había enviado la flor veía también una nota de su mujer que le decía:

«Amado Natán: Recuerda que rico o pobre siempre soy tuya.

Ana.»

Besó con infinito amor aquel nombre tan adorado para él y dió nuevas órdenes para que siguieran comprando.

La serenidad de que se hallaba poseído en aquel momento causaba verdadero asombro entre los habituales a la Bolsa, que no pudieron menos que comentar entre ellos:

—¿Qué sangre de borchata tiene ese hombre!... ¡Todavía tiene ánimos para ponerse una flor en el ojal!

Aspiró varias veces el perfume de aquella flor, mientras que los demás seguían mirándolo admirativamente y en esto llegó Rowerth, diciéndole en voz baja:

—¡Un mensaje!

Allí estaba su fortuna o su ruina, pensó para sí Natán. Según lo que le dijera su hermano había ganado millones o había quedado en la más absoluta miseria. Sin el menor temblor, como quien lee una noticia que ya esperaba leyó el contenido del mensaje que decía:

«Wellington victorioso... Napoleón derrotado. James.»

No pudo contener su alegría y dió la noticia entre gritos, mientras que los demás, dudando de que fuera cierto lo que decía, atribuyeron sus palabras a una maniobra financiera y exclamaron:

—Eso es una maniobra, porque ha comprado demasiado.

—Acabo de recibir la noticia— respondió lealmente Natán.

—¿Y cómo ha podido recibirla?— preguntaron.

—Por palomas mensajeras... Yo me valgo de las palomas que corren más que todos los mensajes... El honor de Inglaterra está a salvo. Esta noticia viene desde el mismo campo de batalla... No hay duda de su veracidad.

Mas a pesar de aquella seguridad que daba, el pánico no se retraía. No se conocía la noticia oficialmente y muchos creían que era un ardid de Natán para hacer subir el papel que en tanta cantidad había comprado.

Continuó la oferta. Parecía como si todos se empeñaran en llevar a la bancarrota a Inglaterra. Pero ya a él no le importaba. Vea que cuanto más comprase más millones ganaría y ordenó a sus agentes.

— ¡Comprad!... ¡Comprad!...
¡Hasta que no tengamos más crédito!...

Y tan fuerte fué la demanda que lo que hasta entonces había sido depresión adquirió un nuevo giro. Ya no se vendía, ahora se compraba, ahora el papel era solicitado por todos aquellos que momentos antes se habían desprendido de él, seguros de que cuando Rothschild se aventuraba a aquellas compras era

porque en verdad la noticia era cierta.

Y de esta forma Rothschild fué en unas horas el salvador del crédito de Inglaterra e impidió que la bancarrota sobreviniese, cuando en los campos de batalla unos miles de héroes daban su vida por la patria. El no daba la vida, pero daba cuanto era y cuanto tenía por defender el honor de la nación que lo había cobijado.

LA RECOMPENSA

No era Lord Wellington hombre que quisiese para sí toda la gloria de la victoria. Sabía que si había vencido había sido gracias a la generosidad de Rothschild. Lo había declarado así y la nación comprendió el patriotismo ilimitado de quien todo lo había expuesto para salvar el honor de la nación.

Aquella operación bursátil a más de haber salvado a Inglaterra había producido a la Banca Rothschild una ganancia fabulosa. El papel comprado a bajo precio había experimentado una subida enorme.

Todo el mundo hablaba de la ganancia de Rothschild, pero nadie se la echaba en cara, pues la consideraban como un justo premio a su actitud patriótica.

Pero Wellington no se confor-

maba con eso. No quería que el único premio que hubiera obtenido Rothschild fuese el material, quería algo más, y trabajó con el rey hasta conseguir que públicamente se le dieran las gracias y se le concediese además un título del Reino.

Y puesto en ello, consiguió su propósito y se anunció el día en que el Rey lo recibiría en audiencia rodeado de todos los miembros de la Corte y de sus familiares.

Momentos antes de la llegada del Rey, Rothschild se hallaba rodeado de aduladores y uno de ellos le preguntó:

—¿Cómo se puede ganar dinero en la Bolsa, señor Rothschild?

Este se le quedó mirando burlantemente y le respondió:

—Pues... entrando y saliendo en

seguida... No falla.

Se acercó a su mujer y ésta le preguntó, al verlo algo serio.

—¿Que te ocurre Natán?... ¿Te veo preocupado?

— Horriblemente — respondió Natán.

Y al ver que llegaba a ellos Lord Wellington, le preguntó inmediatamente:

—¿Qué rodilla debo hincar delante de Su Majestad?

Lord Wellington sonrió al oír la pregunta y le dijo la que debía hincar, señalándole luego hacia un amplio ventanal donde estaba hablando amorosamente Julia y el capitán.

Natán sonrió satisfecho de ver a su hija feliz y Lord Wellington le dijo:

—Para esos jóvenes esto es una novela, pero una novela que los hace felices...

En aquel momento se abrieron las puertas del salón y precedido de varios maceros, llegó Su Majestad.

Todos se inclinaron a su paso y éste hizo una señal, para que Natán se acercara.

La atribulación de Natán fue enorme en aquellos momentos. Se había olvidado de la rodilla que le

dijo Wellington que debía hincar y ni siquiera oyó lo que Su Majestad le decía:

Ante un silencio general, Su Majestad hizo el elogio que merecía la conducta de Rothschild y terminó diciéndole:

«Inglaterra muestra su reconocimiento a su hijo adoptivo que tanto ha contribuido a darnos la victoria... En nombre de Inglaterra os damos este público agradecimiento, Barón Natán de Rothschild.»

Esto ni se había dado cuenta de que le habían concedido el título de barón y cuando tuvo la venia para levantarse, se acercó a su mujer y le dijo en voz baja:

—Ana, me equivoqué... No era esa la rodilla que debí hincar...

Su mujer sonrió, mientras que él miraba a su hija y estrechaba las manos de su esposa diciéndole:

—Ya podemos comerciar, vivir... y andar por el mundo con dignidad, como decía papá.

Y desde aquel momento, una nueva aurora resplandeció para el pueblo judío, al mismo tiempo que Julia y su amado, veían abrirse para ellos un horizonte de dicha inmensa y felicidad.

Ediciones
BIBLIOTECA FILMS

INDICADOR DE FILMS Y DE LOS AUTORES DE LOS FILMS DE LA BIBLIOTECA FILMS

PRÓXIMO NUMERO:

EXITO!!!

LA BATALLA

del célebre autor **CLAUDE FARRERE**

La obra maestra traducida a todos los idiomas, cuya emoción y sutileza cautiva a todos los lectores.

Creación de

ANNABELLA y CHARLES BOYER

EN PREENSA:

TRES AMORES

Novela basada en este gran film español, interpretado por artistas españoles, que demuestra la purificación de un hombre, aturdido por el dinero y sus «tres amores» se convierten en tres crisoles, donde va dejando la escoria de sus vicios y de su libertinaje.

Mona Maris - José Crespo - Anita Campillo
Mimi Aguglia

Carlos Villarias **Andrés de Seguroia**

Las cuatro hermanitas

Una novela sentimental que es una oda al corazón y un exacto y veraz reflejo de la vida, en cuyas escenas sentimos como nunca la dulzura de una emoción infinita. Insuperable creación de la nueva revelación de la pantalla

KATHERINE HEPBURN

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

LA MRS AMEN



PORTADA A TODO COLOR

PRECIO DE CADA TOMO

UNA PESETA

LA MRS SELECTE



LOS GRANDES EXITOS DE LA TEMPORADA 1934-1935

Paso a la juventud	Martha Eggerth - Jean Kiepura
Volga en llamas	Albert Dréjean
El hijo del carnaval	Ivan Mosjoukine
Dale de betún	(Producción nacional) Juan de Landa - Antonita Colomé
Trágica atracción	Harry Baur
¡Oro!	Brigitte Helm
Los miserables	Florelle - Harry Baur
Una semana de felicidad	(Producción nacional) Raquel Rodrigo - Antonio Palacios
Bolero	George Raft - Carole Lombard
El lago de las damas	Rosine Dersan
Capricho imperial	Marlene Dietrich
El desaparecido	(Producción nacional) Bambai - Trini Moren
La casa de Rothschild	George Arliss - Loretta Young

PEDIDOS A

Se admiten pedidos sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remita sus pedidos para el certificado. Plazo de envío.

EDITORIAL "ALAS"—Apartado 197.—BARCELONA

PORTADA A TODO COLOR - PRECIO DE CADA TOMO UNA PESETA

SENTIRAS DE NINA PETROWNA	Brigitte Helm
EL LOCO CANTOR	Al Jolson
LOS PECADORES DE LOS PADRES	Sam J. Janakies
EL PERFIL DEL AMOR	Chevalier
EL AMOR Y EL DIABLO	Maria Corda
LA INTERNA	Gloria Swanson
LA MARQUESA	La Fiente
DE PRETENCIONES	F. Herrial
LA FIERRECILLA DOMADA	Mary-Douglas
UN HOMBRE DE SUITE	Roberto Rey
CASCARNABLAS	E. Vides
NOCHES DE NEW YORK	N. Talon
LA MUJER EN LA LUNA	Willy Fritsch
EL ZEPELIN PERDIDO	Conway Tearle
LAS LUCES EN LA CIUDAD	Charles Chaplin
20 NOCHES DE BODAS	I. Argentina
DON JUAN DIPLOMATICO	C. Montalban
EL EMBUDO DE SEVILLA	L. de Guereira
LA ULTIMA ORDEN	Sam J. Janakies
MAFRAPOS DEL AMOR	M. Mar Doal
EL CABALLERO DE FRAC	Roberto Rey
EL COMEDIANTE	H. Vilches
LUCHAS DE ROMANS AIRE	Carlos Cardel
EL TERCERO SEÑOR	Chevalier
EL SECRETARIO DE MADAME	Willy Fritsch
LA ARLIANA	Jose Noguer
MIERTE NOCHE Y DIA	Ilma TAYLOR
LOS QUE DANZAN	A. Moreno
AL ESTE DEL OCEANO	C. Blackford
M. (El Vagabundo de Düsseldorf)	F. Leris
LA DAMA ATREVIDA	H. Fernd
FATALIDAD	M. Dietrich
EL PRINCIPE GONDOLERO	Roberto Rey
AVENGANCE	J. Garret
CABE DE CABARET	Lupita Tovar
EL DOCTOR FRANKENSTEIN	H. Karloff
PALADA	Jose Crawford
CATOLICISMO	G. Fredrich
SHIMET	Loretta Young
CIAMONDO	Richard Dix
EL TIENIENTE DEL AMOR	G. Fredrich
DIRIGIBLE	Jack Holt
LA DAMA DE UNA NOCHE	F. Bertini
RACIDA PARA AMAR	C. Hebert
AVENTURAS DE TOM SAWYER	Jackie Coogan
MARION	Sam J.
UNA MUJER DE EXPERIENCIA	Nancy Carroll
EL ANGEL DE LA NOCHE	H. Tinseltree
UNA CANCION, UN BEBO, UNA MUJER	G. Fredrich
UNA HORA CONTIGO	H. Chevalier
DOS CORAZONES Y UN LATIDO	Ilma Harvey
BONNY	Kathleen Gray
ATLANTIDA	Brigitte Helm
EL EXPRESO DE BRANORAY	M. Dietrich
COCKTAIL DE CRISTAL	C. Hebert
UN CHICO ENCANTADOR	Henry Garat
LA REINA DRAGA	Pola Negri
VICTORIA Y SU HUSBAND	J. Petrowich
EL CONGRESO DE DIVIERTES	Ilma Harvey
RECORDAMIENTO	P. Holmes
QUE PAGUE EL DIABLO	Donald Crisp
EL DIABLO	John Barrymore
BAJO LA BANDERA	Charlotte Stutz
MANCHURIA	Richard Dix
EL HOMBRE Y EL MONSTRUO	March
EL HOMBRE DEL PRIMERIO	Mary-Kelley
OSTERHANS	C. Gardel
AMAR EN UNA NOCHE	M. Chevalier
UN "AN" EN LAS NUBES	Billie Dove
LA COMEDIA DE LA VIDA	Flora

UNA NOCHE ORIENTAL	John Boles
POR LA LIBERTAD	Lola Trecker
EL MARIDO DE MI NOVIA	Maria Glory
PRESTIGIO	Adolph Menjou
BOCAMBOLE	Bella Norman
24 DE JULIO	Boys Club
REDIMIDA	Frederic March
EL MILAGRO DE LA FE	Chester Morris
LA VENUS RUBIA	M. Dietrich
HASPUTIN	Conrad Veidt
LA AMANTE INDOMITA	Ilma Daniela
MERCEDES	J. Harpner-Kee
SURMO DONADO	Ilma Harvey
CORRESPONSAL DE GUERRA	Jack Holt
UNA MUJER PERSEGUIDA	C. Colbert
UNA MUJER CAPTIVORA	Flora Gibson
LAHOS RELIADOS	Clive Brook
DELINCUENTES	Boys Club
CUERPO DEMONIACO	B. Standish
INDISCRETA	Gloria Swanson
EL DOCTOR ANDERSON	Donald Crisp
DIPLOMATICO DE MUJERES	Maria Karg
LA ULTIMA AGRACION	John Barrymore
LA HIJA DEL DRAGON	Ann May West
QUE VALE EL DINERO?	C. Harpner
VIAGE DE NOVIOS	Brigitte Helm
PARTO DE TIBURONES	Edward G. Robinson
EL ROBINSON MODERNO	D. Fairbanks
SOLDADO INOCENTE	M. Chevalier
I. F. I. NO CONTENTA	Charles Bore
MELODIA DE ALEGRIA	Argentine Gards
EL SIGNO DE LA CRUZ	March, E. Land
TODO POR EL AMOR	J. Kappas
DANTON	J. Gaudin
ESTRELLA DE VALENCIA	Brigitte Helm
CANADA POR AZAR	Clark Gable
KING-KONG	Ray Wray
YO Y LA EMPERATRIZ	Ilma Harvey
MADAME BUTTERFLY	Sylvia Sykes
EL BEBO ANTE EL BEBIDO	Nancy Carroll
VAMPIERES 1938	Warren William
S. O. S. HENRI	Bob LaRocca
AMORIOS (Lelero)	Maga Schmeiser
MATER DOLORESA	Ilma Nove
LA ISLA DE LAS ALMAS PERDIDAS	Charles Lavette
VUELAN MIS CANCIONES	Martha Farneth
DIME QUIEN ERAS TU	Ilma Hall
NACIDA PARA PECAR	Max West
AUDIENCIA IMPERIAL	Martha Farneth
EL TESTAMENTO DEL DR. MA	Felix Lann
BUSH	Marla Karloff
EL RESUCITADO	Henry Garat
PARIS-MONTECARLO	Gabe Morley
PHILIP DREGLAY	Willy Fritsch
GUERRA DE VALER	Annabella
MARIA	Annabella
TARAN DE LAS FIERAS	Annabella
UNA VIDA POR OTRA	Nancy Turen
EL AGUA EN EL BUELO	Marcel Fren
LA MASCARA DEL OTRO	Donald Crisp
UNA DE NOSOTRAS	Brigitte Helm
EL COLLAR DE LA REINA	Diana Karen
LA NOVIA UNIVERSITARIA	Annabella
LA MUJER ACTRIZ	Nancy Carroll
MORAL Y AMOR	Annabella
PECADORES SIN CARITA	Carole Lombard
EL CRIMEN DEL SIGLO	J. Herbolt
EL ABOGADO	John Barrymore
TUYA PARA SIEMPRE	Frederic March
EL HOMBRE LEON	Kurt Grabe

EDITORIAL "ALAS" - Apartado de Correos 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sueltos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franco gratis.

CANCIONERO

■ 32 páginas de texto: 30 céntimos volumen ■

Carmelita Aubert
Carlos Gardel
Imperio Argentina
Margarita Carbajal
Estrellita Castro
Reyes Castizo «La Yankee»
Trini Moren
Elsie Bayron
Niño de Marchena
José Mojica
Eduardo Brito
Magaldi-Noda
Irusta-Pugazot-Demare
Emilio Vendrell

Eduardo Bianco
Alady-Lepe
Hipólito Lázaro
Marcos Redondo
Francisco De Val
Carlos Gardel
Raquel Meller
Rosarillo de Triana
Pablo Gorge
Imperio Argentina
Alberto H. Ribera
Angelillo
Jean Keipura
Pastora Imperio

NÚMERO EXTRAORDINARIO Precio: 60 céntimos
dedicado a IMPERIO ARGENTINA

ALMANAQUE 1933 Precio: 1'00 peseta
dedicado al genial estilista CARLOS GARDEL

ALMANAQUE 1934 Precio: 1'00 peseta
dedicado a los célebres artistas

Imperio Argentina - Celia Gámez
CARLOS GARDEL
Azucena Maizani - Libertad Lamarque

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS"—Apartado 707.—BARCELONA

Revisión números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco réditos para el certificado. Francos gastos.

Alpina
A. Capponi
7/63

¡SENSACIONAL!
PRONTO...

LA BATALLA

La obra maestra traducida
a todos los idiomas, cuya
emoción y sutileza cautiva
a todos los lectores

Autor:
CLAUDE FARRERE

Protagonistas:
ANNABELLA y
CHARLES BOYER

Editorial:
BIBLIOTECA FILMS...

¡¡CLARO!!

UNA peseta